
¡ATENTADO a la TIERRA!
J. SCOTT BARRY
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Scott Barry

ATENTADO A LA TIERRA

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA



Depósito Legal V. 278.—1962.

Número de registro: 6493.—1961.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



PRÓLOGO

—Y por ello, 110 tengo más remedio que denunciar ante esta asamblea que el grupo de naciones que aquí represento, viene siendo objeto de una serie de sabotajes y actividades de espionaje, promovidas por una o varias potencias desconocidas, que ponen en peligro nuestra seguridad.

Una explosión superatómica no hubiera causado el efecto que hicieron las palabras del delegado del continente .americano, ante la Federación de Continentes Terrestres.

Los delegados que permanecían en sus escaños, se colocaron precipitadamente los cascos de traducción simultánea, para no perderse una sílaba de cuanto dijese el orador y sintonizaron los minitelevisores de sobremesa, para seguir al detalle el menor gesto del mismo. Los miembros que se encontraban por los pasillos o en el bar descansando, o siguiendo el debate por las grandes pantallas de televisión, regresaron precipitadamente al salón de sesiones.

—En los últimos seis meses—prosiguió denunciando el delegado americano—nos han sido robados siete proyectos espaciales. Hemos visto destruir misteriosamente ocho ingenios, casi ultimados, para vuelos a otros planetas y numerosos hombres de ciencia, ingenieros,

pilotos del espacio y especialistas en las técnicas inter-planetarias han sido víctimas de secuestros o de criminales atentados.

La lectura de una larga lista de hechos delictivos llenó de consternación a aquella pacífica asamblea.

Hacía muchos años que se habían superado las grandes crisis terrenales. Después de la tirantez reinante durante el quinquenio 1958-1963, una inteligencia entre las naciones poderosas, había hecho establecer un equilibrio de fuerzas y una paz duradera.

El mundo, ultra dividido hasta entonces en pequeñas naciones o núcleos de naciones, habíase agrupado en cuatro enormes conglomerados: el americano, que aglutinaba todo lo que un día se conociese con el nombre de «nuevo continente»; el asiático, que se igualaba con aquél, y el europeo, que servía de zona neutra o de equilibrio. Y todos unidos, contribuían a la construcción del otro gran bloque emergente: el indo-africano, de cuyas inagotables fuentes de riqueza se beneficiaban tanto los nativos, como el resto del mundo en un reparto equitativo.

La conquista del espacio y las fabulosas posibilidades de nuevos descubrimientos y la explotación de las riquezas de otros planetas, habían mancomunado en más de una ocasión, los esfuerzos de grupos, antes antagónicos, contribuyendo a que este año de 1985 fuese un año de paz total y absoluta.

De ahí la fuerza de aquel impacto que podía suponer el final de la más larga era de paz que había disfrutado el planeta terrestre.

Cuando el delegado americano abandonó la tribuna de oradores, no sonó ni un solo aplauso, como era normal en aquellos acontecimientos. Un silencio gélido, escalofriante, siguió a la patética alocución.

Pero la asamblea se recobró de pronto y vibró de nuevo al escuchar las primeras palabras del orador siguiente.

—Lamento profundamente dar asimismo malas noticias a esta concurrencia. Nuestras naciones también son víctimas de atentados, sabotajes y de una activa corriente de espionaje.

El delegado de la Mancomunidad Asiática, detuvo un instante su alocución y elevando un poco su uniforme tono de voz, siguió diciendo:

—-En este último trimestre hemos perdido...

Un murmullo que subía de intensidad a medida que surtían las palabras por los auriculares y altavoces, impedía oír las cifras que iba denunciando el orador.

Como asimismo impidió escuchar a los que siguieron en el uso de la palabra y que denunciaron hechos análogos, acaecidos en sus respectivas naciones, o grupos de naciones.

Y todas aquellas manifestaciones, acababan con idéntica

muletilla:

—...actos promovidos y llevados a efecto por una o varias potencias desconocidas.

El Presidente de la Asamblea Anual de la Federación de Continentes Terrestres, intentó puntualizar en medio de aquel maremágnum de voces, murmullos y acusaciones.

—¿Qué significa cuanto aquí hemos escuchado? ¿Quién o quiénes son estas potencias agresoras? Puede decirse que todas las Mancomunidades miembros han sido víctimas de hechos similares. Entonces cabe preguntarse dos cosas: ¿Estamos asistiendo a la destrucción de nuestra paz, por una mutua desconfianza entre continentes? ¿O es que estamos siendo víctimas de una fuerza extraterrena?

Aquellas dos interrogantes quedaron flotando en la Asamblea y la estela de sus dudas acompañaría a todos y cada uno de los allí reunidos, cuando regresaran a sus amenazados hogares.

CAPÍTULO PRIMERO

Accion!

La voz sonó de un modo enérgico, con mucho brío y como si fuesen originados por su mismo sonido, una catarata de chispazos eléctricos iluminó súbitamente la oscura estancia.

Las cuatro paredes arrojaron rayos de todos los colores que venían a converger sobre la mesa central, como atraídos por un gigantesco imán que ocupara toda la superficie de su base.

El gran cristal de la divisoria impedía oír ningún ruido. Así, el silencio sólo era roto por una voz monótona que contaba:

—...cinco, seis, siete, ocho, nueve...

El chisporroteo luminoso, siempre en igual intensidad, seguía afluyendo hacia su objetivo.

—...diez, once, doce, trece, catorce, quince..

—¡Alto!

Y al conjuro de esta orden, los rayos cesaron totalmente.

—¡Vapor!—pidió la misma voz de mando.

Y al instante, una densa nube de vapor cayó desde lo alto sobre la mesa. Aquel vapor era proyectado por millares de invisibles agujeros.

—¿Tiempo?—preguntó alguien en la oscuridad.

—Cinco segundos—respondió la voz de mando.

—...Uno, dos, tres, cuatro y cinco. ¡Listo!

Cesó de caer el vapor y todo quedó en silencio, como suspendido en el vacío. La pausa fue rota por otra orden.

—¡Luz!

Una fuerte iluminación disipó la oscuridad inundando de claridad todo el recinto.

—¿Todo va bien?

—¡Todo bien!... ¡Todo bien!...

—¡Todo bien!...—respondieron, una tras otra, variar voces.

—Llévense el banco de pruebas y estén pre-parados. Voy a avisar al profesor Sigmatau.

Y diciendo esto, el hombre que había dirigido las pruebas, salió de la estancia, avanzó unos metros por un estrecho pasillo y se detuvo ante una puerta pintada de blanco. En su parte alta se veía una placa indicadora:

PROFESOR SIGMATAU
INGENIERO JEFE DE TRANSFORMACION

Golpeó suavemente con los nudillos y esperó.

—Adelante—se oyó al otro lado de la puerta.

Abrió y asomando ligeramente la cabeza hacia el interior anunció en tono respetuoso:

—Profesor Sigmatau, todo está a punto.

El profesor interrumpió la conversación que sostenía con un hombre alto, correctamente vestido.

—Gracias, Epsilón—y dirigiéndose de nuevo al hombre alto, interrogó:

—¿Está usted dispuesto, Alfagamma?

—Estoy completamente a sus órdenes.

—-Entonces, comencemos cuanto antes.

El profesor se puso de pie. Era un hombre joven, manifestando alrededor de los cuarenta años. Su estatura era más bien corriente; en cambio, tanto su mirada como sus ademanes, eran decididos y enérgicos. Iba vestido con un traje compuesto por pantalón y cuerpo, todo en una pieza, hecho con un material blanco brillante, que contrastaba con el moreno de su piel y el negro de sus cabellos.

Los dos hombres, precedidos por el que les había avisado, salieron del despacho del profesor y atravesando el pasillo, entraron en la sala de mandos.

A una seña del profesor, uno de sus ayudantes apretó un interruptor y pronto aparecieron dos hombres, portando sendas escafandras de plástico transparente y un traje similar al de todos ellos.

El profesor Sigmatau introdujo la cabeza dentro de una de las esferas, que pronto quedó ajustada sobre sus hombros, por medio de unas grapas de aluminio. La operación se repitió con el hombre llamado Alfagamma, quien cubrió su cuerpo con el traje blanco que le presentaban.

El resto de los hombres que ocupaban el recinto, se colocaron igualmente sus escafandras.

Aunque Alfagamma ocupaba un alto puesto en la organización—concretamente jefe de Sector de la División de Repetidores o Espías—, aquélla era la primera vez que contemplaba por sus propios ojos todo aquello.

En la única ocasión que había visitado el quirófano y todas aquellas dependencias, lo había hecho como paciente y en aquella visita nada pudo percibir de cuanto sucedía a su alrededor.

Por eso, con gran curiosidad, echó un vistazo a aquella habitación que veía por vez primera.

Se trataba de una amplia sala, tres de cuyas paredes estaban formadas por grandes paneles en los que se veían multitud de palancas, botones y relojes de comprobación de todo tipo. Adosada a la cuarta pared, estaba colocada una consola de mandos, con los medidores de control y amperímetros de alta sensibilidad.

Ante cada uno de los paneles estaba situado un técnico-ayudante y sentado frente a la consola, el manipulador-jefe, que más bien semejaba un autómata que un hombre de carne y hueso.

A una seña del profesor la habitación quedó en tinieblas, que fueron disipándose cuando ordenó:

—¡Visión!

Uno de los ayudantes apretó un botón y de la pared, en que estaba instalada la consola se descorrió una gran placa metálica, quedando en su lugar un rectángulo de cristal que dejaba visible la habitación de al lado.

—¡Oh...! ¡Fantástico!—exclamó espontáneamente el hombre alto.

—Esto no es nada, Alfagamma—respondió sonriendo, el profesor Sigmatau—. Ahora verá lo que sigue.

La habitación, tan repentinamente iluminada, semejaba un quirófano y como podría comprobarse más tarde, estaba destinado a un uso similar, aunque de mucha mayor transcendencia. En el centro veíase una mesa de operaciones con el tablero de cristal de roca. Por sus lados pendían unas correas de plástico neutro, resistente a los rayos ultravioleta, pespunteadas por numerosos botones de brillante acero.

Las paredes de aquel quirófano, revestidas de un material blanco brillante, estaban salpicadas, igualmente, por una especie de clavos de acero, simétricamente situados en la parte superior de las mismas. El techo era del mismo material que las paredes, y pendiente de él veíase una gigantesca ducha rectangular de un tamaño igual al de la mesa de operaciones.

Cuando el profesor dio la orden de:

—¡Visión!—el quirófano aparecía completamente vacío, sin que se adivinase por dónde podría entrar nadie en aquella habitación.

—Primera fase, ¡adelante!—exclamó el profesor.

Al oírse estas palabras, una de las paredes del quirófano se puso en movimiento y la mitad inferior de ella se hundió en el suelo, dejando al descubierto una ancha nave donde se alineaban un gran número de camillas sobre ruedas. Bajo el blanco lienzo que cubría a cada camilla se adivinaba una figura humana.

Alfagamma contempló aquello e interrogó al profesor:

—¿Todas esas personas han de ser intervenidas hoy?

—Sí—respondió el interpelado—. Son veinticinco en total: diecinueve hombres y seis mujeres. Una buena cifra, ¿no le parece?

—-Ciertamente. Estoy asombrado.

—Nuestros reclutadores terrestres no cesan de proveemos de material.

—¿Y, todos van destinados a la misma función?

—Esta vez, sí. Todos pertenecen al sector de ejecución.

—¿Cómo es eso?

—Parece que hemos tenido muchas bajas últimamente. Y hay que reponer cuanto antes los efectivos.

—Pero ¿es que no se tiene en cuenta que también hay bajas en otros sectores? —protestó Alfagamma.

—Cierto. Y todo va por sus pasos contados. Como puede comprobar, aquí no nos dormimos.

—¿Entonces?...

—La próxima remesa estará dedicada para su sector, puede estar seguro de ello.

Las palabras del profesor tranquilizaron a su acompañante, quien a partir de aquel momento se dedicó por entero a contemplar con toda atención las operaciones que se sucedían en el compartimiento contiguo.

A otra señal del profesor, una bombilla encarnada lanzó varios destellos en la sala donde se encontraban las camillas. La primera de ellas se puso en movimiento, empujada por dos hombres que la situaron al lado de la mesa de operaciones.

Con todo cuidado el inerme cuerpo fue trasladado de la camilla a la mesa y al quitar el lienzo blanco que lo cubría apareció el cuerpo de un hombre totalmente desnudo y rígido, en completo estado cataléptico.

Los hombres que manipulaban con el «paciente» iban enfundados en unos trajes blancos, semejantes a los del profesor y su ayudante. Sus rostros y manos iban cubiertos por unas máscaras y guantes de material plástico blanco, que se adaptaba a la configuración física como otra piel, no dejando al descubierto la menor parcela de la propia. Los ojos iban protegidos por unas gafas de plástico oscuro, capaces de absorber los más fuertes rayos infrarrojos.

Tomando las correas, los dos hombres se dedicaron a dejar bien sujetas todas las extremidades del cataléptico. En unos segundos, los tobillos y los muslos, las muñecas y los brazos, así como las caderas quedaron rodeados por las tiras de plástico, de las que brillaban con fuerza los botones de acero.

Un tercer hombre, vestido igual que los dos anteriores y llevando en la mano un pequeño recipiente, entró en el quirófano. Cuando estuvo al lado de la mesa, sacó de aquél dos pequeños botones oscuros.

—¿Qué es eso?—preguntó el hombre, situado al lado del profesor.

—Ese botón que colocan a la altura del corazón es el ibernizador efectivo.

El botón aludido fue colocado por su portador a la altura del corazón del paciente. Apretó un poco y quedó allí fijado. Otro de los hombres pasó sobre él una tira de plástico, que quedó sujetando todo el tórax. La situación del corazón quedó señalada en el cinto de plástico por uno de aquellos botones de acero, de un tamaño algo mayor que sus compañeros.

El otro botón oscuro fue colocado sobre la frente del dormido y sujetado asimismo por una tira de plástico con varios botones de acero.

—Ese otro que colocan sobre la frente—prosiguió el profesor—es el receptor transmisor; una filigrana, montada sobre transistores casi invisibles, pero de una duración ilimitada por su imantación en la pila superatómica.

—Entonces, ¿puede decirse que son esos dos pequeños botones oscuros los que constituyen la base de nuestra fuerza y de nuestra organización?

—Eso mismo, Alfagamma. El estado de ibernización afectiva impide que nuestros miembros puedan sucumbir a cualquier afecto o recuerdo. Ni el amor, ni la amistad, ni el deseo, tanto pasados como presentes o futuros, podrán impedir a cada uno de estos seres la realización de una orden.

—¿Y el receptor-transmisor?

—La misión de ese instrumento es la más trascendente de todas. Hace que cada uno de nuestros neo-hombres pueda pensar, hablar y actuar cuanto le indique desde el Cuartel General por medio de su correspondiente cerebro electrónico.

—Cuanto más conozco de esta organización, más fantástico me parece todo ello.

—Nada de eso. Esto no tiene nada de fantástico, Alfagamma. Es una cosa real a más no poder. Es el resultado de una serie de afortunadas experiencias llevadas a cabo por seres superiores con un fin concreto: defender su planeta contra los ataques del enemigo.

—Eso es cierto, profesor.

—Y créame, lo más indicado para esa defensa no es la guerra, sino el evitar que ésta pueda llegar a producirse. Y para ello nada mejor que suprimir o torcer la voluntad de los hombres que puedan hacerla.

—¿Y nuestro objetivo en este caso?

—Es el desbaratar, desde aquí, sus planes bélicos y sabotear todo el proceso de fabricación de sus armas.

Ante la exposición del profesor Sigmatau y la vehemencia con que fue expuesta, Alfagamma enmudeció. Él no era quién para replicar a una eminencia de la categoría del profesor. Y por si fuera poco, el científico remachó el clavo con estas palabras:

—Usted mismo es uno de esos resultados. Precisamente uno de nuestros mayores éxitos.

—Sí, claro… yo…—tartamudeó el aludido.

—No se preocupe. Le extraña todo esto porque no está en su secreto. En cambio, usted está trabajando en la Tierra y conoce cosas que a mí me están vedadas.

—Es la ley de las compensaciones.

—Por eso, ahora que estamos en mi terreno, me permitirá que me aproveche y le abrume un poco más con mi ciencia.

—No faltaría más, profesor.

Y tras aquellas palabras el profesor Sigmatau dedicó su atención a cuanto ocurría en la sala de operaciones.

Durante la anterior conversación, ésta había quedado vacía. La media pared que servía de puerta había desaparecido nuevamente y tan sólo en el centro de la habitación veíase la mesa de operaciones.

Sobre ella, cruzado por los cinturones de plástico y acero estaba el paciente en estado cataléptico. La rigidez de aquel cuerpo era total y la potente iluminación que reverberaba sobre las blancas paredes daba al mismo el aspecto de un cadáver.

El profesor indicó a su acompañante:

—Colóquese el protector de los ojos, por favor—y dirigiéndose al resto de ayudantes ordenó—: ¡Protectores de ojos!

Como un solo hombre, los cuatro ayudantes se colocaron sobre las escafandras, a la altura de los ojos, las oscuras gafas antirrayos ultra.

Alfagamma les imitó y, a su vez, el profesor se coloca los protectores. Este último levantó una mano y uno de los ayudantes apretó un botón. Con ello dejó a oscuras la sala de operaciones. La oscuridad se extendió a la habitación que ocupaban todos cuantos intervenían en aquella operación. Tan sólo destellaban las luces de los relojes y contadores de precisión de los paneles y la consola de mandos, lo que daba una apariencia más fantasmal todavía a los presentes.

—¿Preparados?—interrogó el profesor Sigmatau.

—¡Todo a punto!—respondió el primer ayudante.

El profesor dio la voz de:

—¡Acción!

Y la catarata polícroma de las descargas eléctricas se derramó sobre el cuerpo del cataléptico.

La monótona cantinela del cuenta-tiempos era lo único que rompía el asfixiante silencio.

—… nueve, diez, once, doce, trece, catorce y quince.

—¡Alto!

Y nada más cesaron los rayos se oyó de nuevo la voz de

mando.

—¡Vapor!

La ducha de vapor cayó sobre el paciente durante los cinco segundos de rigor. En cuanto hubo cesado y a la voz de:

—¡Luz!—se iluminaron ambas estancias.

Alfagamma, que había presenciado las rapidísimas operaciones conteniendo la respiración, dio un profundo suspiro. El profesor Sigmatau volvióse hacia él y le dijo:

—Tenía usted razón, Alfagamma. Todo esto es un poco fantástico, lo reconozco. Un hombre acaba de perder su voluntad y nosotros acabamos de ganar un nuevo miembro en la organización.

—Entonces, ¿está de acuerdo conmigo?

—Ciertamente. Lo que ocurre es que a fuerza de vivir estas cosas varias veces, día tras día, acaba uno por no dar importancia a una transmutación tan diabólica.

—En eso tiene usted mucha razón. La sensibilidad se pierde con el uso.

En el quirófano, los dos enfermos habían hecho desaparecer rápidamente el cuerpo del primer paciente y otro en iguales condiciones de inmovilidad era colocado en su puesto.

No había transcurrido un minuto cuando este nuevo operado era sustituido por otro. Y así, con esa sucesión de operaciones, fueron intervenidos los veinticinco seres que esperaban tendidos en sus camillas.

Cuando la última de éstas hubo transpuesto la pared de acceso al depósito, se apagaron las luces del quirófano. Los ayudantes comenzaron a desconectar los aparatos utilizados para la operación, al tiempo que se desprendían de sus escafandras de plástico, con lo cual obtenían una mayor libertad de movimientos.

Viendo hacer a los otros, Alfagamma se quitó la suya al tiempo que preguntaba:

—¿Es todo siempre tan rápido, profesor?

—No. El tiempo del tratamiento varía según la División a que pertenezca el neo-hombre.

—Por ejemplo...

—Todos los de hoy son ejecutores, es decir, hombres de acción. Como usted sabe, pertenecen a la escala más ínfima de nuestra organización. Con quince segundos de ametrallamiento magnético y cinco de lluvia vaporizada hay suficiente.

—¿Y las otras Divisiones?

—Varían sensiblemente según el trabajo al que se las destine.

—¿Los espías...?

—Los espías o repetidores, necesitan cinco o diez segundos más que los ejecutores.

—¿Y la escala más alta, cuál es?

—Esa es la de los pensadores. El sabotaje de planos, cálculos matemáticos, maquinarias de precisión y elementos fundamentales similares, requieren unas condiciones óptimas de claridad mental y rapidez de reflejos. En algunos de estos casos se llega hasta el minuto de ametrallamiento y los veinte segundos de lluvia vaporizada.

En aquel momento un ayudante se inclinó deferentemente ante el profesor Sigmatau y le anunció:

—El control de pruebas está listo, profesor.

—Gracias—respondió el aludido y con una ligera inclinación de cabeza invitó a su acompañante.

— Amigo Alfagamma, hemos de proseguir nuestro trabajo.

—¿Dónde vamos ahora, profesor?

—Ha sonado la hora de la verdad, mi querido amigo. Vamos al control de pruebas. Allí veremos si todo cuanto se ha hecho aquí está bien armonizado.

Y los dos hombres, seguidos por el ayudante del profesor, se dirigieron al Centro Experimental donde estaban probando sus habilidades los neo-hombres pertenecientes a la División de Ejecuciones.

CAPÍTULO II

Pero eso no puede ser, y usted lo sabe muy bien. Es preciso que me escuche con atención, con mucha atención.

El capitán Johnson respiró profundamente, como preparándose a pronunciar unas palabras decisivas, y continuó hablando por el micro teléfono.

—El asunto está planteado de esta forma: Tenemos todo preparado para ese viaje; la fecha, el lugar, todo está previsto, no debe fallarnos nada, y ahora me viene usted con...

El capitán quedó escuchando a su interlocutor, quien le había cortado la parrafada. Al tiempo que oía cuanto le decían al otro lado de la línea, sus ojos se elevaban al techo, recorrían la estancia pared por pared, o se quedaban fijos en algún mueble.

Estaba plantado en medio de la habitación y no avanzaba más, porque se lo impedía la poca longitud del cable telefónico. Su brazo libre manoteaba el aire como dando más fuerza a los argumentos que esgrimía ante su invisible oponente.

Era un hombre de unos treinta años, rubio, midiendo su buen metro ochenta, y aunque delgado, unos fuertes y finos músculos se adivinaban bajo su ajustado uniforme.

—Precisamente eso es lo que yo deseo—prosiguió hablando el capitán—, que ese permiso nos lo concedan antes de comenzar los experimentos.

Algo bueno debió oír al otro lado de la comunicación, que le hizo exclamar, sonriendo:

—Eso ya está mejor.

Y una verdadera catarata de palabras, siguió a la anterior exclamación.

El capitán se encontraba ahora situado de espaldas a la puerta de entrada y tan entusiasmado estaba en cuanto decía, que no se apercibió de que alguien entraba en la habitación.

El que había entrado estaba guardando su llavero en el bolsillo del pantalón de su uniforme cuando, por su voz, advirtió la presencia del capitán.

—¡Hola, Johnson!—exclamó jovial. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

El recién llegado dejó en el perchero una gorra militar en la que se veían los distintivos de comandante y quedó quieto en el umbral de la habitación, como para no molestar al que hablaba. Oyó un momento y al comprobar de lo que se trataba sonrió suavemente, dejando entrever unos blancos dientes que contrastaban con el color

moreno de su rostro.

Era un hombre casi en todo semejante al capitán Johnson. Edad, estatura y complexión eran idénticos. Tan sólo los diferenciaba el color de la piel y el cabello y unos kilos de más, a favor del comandante.

El capitán notó de repente algo extraño a su espalda y quedó sin habla cuando vio al otro hombre ante él.

Aquél le sonreía desde la puerta, al tiempo que repetía el saludo:

—¡Hola, Johnson!

Este tapó con la mano el micro teléfono y respondió:

—¡Hola, Barton! Me... me has dado un buen susto. ¿Hace mucho que estás aquí?

—No mucho. Acabo de llegar.

—¿Entonces...?—y señaló levemente el teléfono.

—Puedes estar tranquilo, muchacho, no he entendido ni una sola palabra de cuanto has hablado.

Johnson sonrió débilmente, al tiempo que levantaba la mano del micro y daba por terminada la conversación telefónica con estas palabras:

—Bueno, ya sabe usted lo que tiene que hacer. Confío en que conseguiremos nuestro objetivo. Y a la mayor rapidez posible. Adiós.

Dejó el teléfono en su horquilla y avanzó hacia el otro hombre, a quien dio unos cariñosos golpes en la espalda.

—Bien, bien, comandante Barton... La cosa marcha. Dentro de muy poco, agradecerás el día en que me vine a vivir contigo a esta suite.

—Eres insoportable, Johnson. ¿Por qué dices eso?

—Porque ese permiso que estamos esperando, desde hace tanto tiempo, ya está a punto de llegar.

—¿Tú crees?—preguntó el comandante sin mucha convicción.

—¡Naturalmente! Tú deja a Johnson que te cuide y lo conseguirás todo.

Y dando una fuerte palmada en las anchas espaldas de su amigo, le empujó hacia la puerta, diciendo:

—Anda, vamos al bar de abajo a tomar unas copas.

A los pocos minutos, los dos militares entraban en el bar de la Residencia para Oficiales del Centro «A» de Operaciones Espaciales de los Estados Unidos.

El salón aparecía muy animado y los recién llegados encontraron bastantes dificultades para llegar a la barra. Alcanzaron unos vasos de cerveza y con ellos en las manos se dirigieron a una mesa, desde la cual, les hacían señas unos compañeros.

No había transcurrido mucho tiempo y unas fuertes risotadas

indicaban el grado de buen humor de los allí reunidos.

*   *   *

El Centro «A» de Operaciones Espaciales, era una de las Agencias experimentales más importantes de las fuerzas arenadas de los Estados Unidos. En su seno se hallaban encuadrados los cerebros y los técnicos más destacados de la Unión y aun de gran número de naciones adheridas a ella para el desarrollo de los planes espaciales.

Sus instalaciones ocupaban una gran extensión de terreno en el valle artificial, creado donde antaño estuviera el desierto de Arizona y el complejo de edificios, factorías y zonas residenciales constituía una ciudad de tipo medio.

Todo ello sin contar los numerosos puestos de observación y autodirección que se encontraban desparramados por todo el territorio y por el de las naciones integrantes de los planes conjuntos.

Mandaba toda la fuerza, compuesta por más de cien mil hombres, el general Donovan, y uno de los cerebros más privilegiados de su Cuartel General era el comandante Barton, quien bajo la protección de su superior, estaba haciendo una brillante carrera con una espléndida hoja de servicios.

El general se hallaba en su despacho escuchando de los labios del coronel Duncan, Jefe de la Sección de Personal, un informe relacionado con el comandante Barton.

—...por todo ello, señor—concluyó el coronel—, he creído conveniente enterarle a usted verbalmente.

—Ha hecho usted muy bien, Duncan. Estas cosas es mejor conocerlas de palabra, que no por medio de escritos que todo lo complican al caer en manos extrañas.

—¿Y cuáles son sus órdenes, señor?

—Verá usted, Coronel. Ya conoce mi estima por el comandante Barton. Le hace falta un descanso, es cierto, y si, además, le viene concedido por el Pentágono, ¿qué vamos a oponer nosotros?

— Pero la operación «Hot-Dog» puede comenzar de un momento a otro y Barton es el cerebro de ella.

—Ya sé que está esa operación por medio. Pero una semana no son muchos días y, en todo caso, su trabajo no comenzará hasta bien entrada la primera fase de la misma.

—Sí, eso es cierto—contestó el coronel. Y una ligera sonrisa bailoteó por sus ojos.

Aquello no pasó desapercibido para el general, quien exclamó:

—No piense mal, Duncan. Aprecio mucho a Barton, pero no hasta el extremo de favorecerle en contra del servicio.

—No he pensado nada de eso, señor. Es más, yo también creo que a Barton le hace falta un descanso, pero...

—Ya sé lo que le ocurre, Duncan. Y tiene usted toda la razón. El Pentágono debería de consultarnos antes de dar una orden así. ¿No es cierto?

—Yo no he querido ser tan duro, señor.

—Pues yo, sí. Pero estoy seguro de una cosa: Esa maniobra no ha salido de Barton. Alguien debe haber procurado por él a sus espaldas.

—Eso sospecho yo también. Por si lo cree interesante le diré que, con el permiso de Barton, ha llegado otro para el capitán Johnson, uno de los auxiliares de Barton.

—¿Johnson...? ¿Johnson...? ¿Es uno rubio y alto?

—Sí, señor. Esas son sus señas más características.

—Sí, ahora recuerdo. Creo que hace unas semanas que vive en la misma suite que Barton tiene en la Residencia de oficiales.

-—Pues entonces está todo claro. Johnson tendrá influencia, habrá preparado a sus amigos de las alturas y ha obtenido el permiso para él y para su nuevo jefe y compañero de cuarto.

Tras estas palabras, los dos militares quedaron en silencio. De pronto, como si recordara algo olvidado, preguntó el general:

—Y a todo esto, ¿qué ha opinado el Departamento de Inteligencia?

—No ha puesto reparos. Como no ha comenzado todavía la operación «Hot-Dog», ninguno de los dos conoce ningún documento «Top-secret» por lo que no han visto motivo para no dejarles salir del país.

—En ese caso no nos calentemos más la cabeza, Duncan. Llame a Barton, entréguele el permiso y asegúrese de que volverá más fuerte que se va.

El coronel Duncan se levantó del sillón en que estaba sentado, miró al general y le dedicó una de sus enigmáticas sonrisas. Como viejo camarada, le intimó:

—El comandante Barton no andará muy lejos de su casa esta noche, señor. ¿No podría hacerle usted mismo esa recomendación?

—Duncan, es usted muy ladino. Pero tenga en cuenta, que cuando Barton viene de visita a mi casa, no viene a verme a mí precisamente. Como tampoco van a verle a usted los numerosos oficiales que visitan la suya.

—Afortunadamente, a ninguno de los dos nos faltan pretendientes para nuestras hijas.

Los dos hombres se despidieron en medio de grandes risotadas de complicidad y camaradería.

El soldado-enlace de la oficina de personal, se detuvo junto a

la barra del bar de oficiales, miró detenidamente a los que estaban bebiendo ante ella y no encontró al que buscaba.

Oteó entre las mesas y de pronto descubrió en una de ellas, al comandante Barton. Se aproximó hasta él y le transmitió la orden:

—El coronel Duncan desea verle en su oficina, señor. Aquí fuera tengo un turbo-jeep.

—Gracias, muchacho. Salgo enseguida.

El enlace se dirigió hacia la puerta de salida.

El capitán Johnson, que no había perdido detalle de la breve conversación, interrogó a Barton con la mirada.

—Me llaman de la Jefatura de Personal—le informó éste.

—Seguramente será que ya han llegado los permisos.

—Yo diría que sueñas con esas vacaciones, ¿no es verdad?

—No lo sabes tú bien, amigo mío.

—Voy hacia allá y pronto saldremos de dudas. Hasta luego.

—Buena suerte, Barton. Avísame en cuanto sepas algo.

—De acuerdo.

Y haciendo una seña de despedida a los compañeros de mesa, el comandante Barton salió del bar de oficiales, seguido por la atenta mirada de su amigo Johnson.

En cuanto Barton hubo subido al vehículo, el enlace puso el motor en marcha y a los pocos minutos se encontraban frente al edificio del Departamento de Personal.

El comandante cruzó ante la guardia, se identificó en la oficina de control y se encontró siguiendo a un soldado-guía por los pasillos que conducían a las distintas oficinas del Departamento.

El soldado se detuvo ante una puerta en la que campeaba el rótulo del coronel Duncan. Le cedió el paso y a lo pocos segundos, un sargento le conducía a presencia del coronel, quien, tras el protocolario saludo de rigor, acogió al recién llegado con gran amabilidad.

—Siéntese, Barton. Le voy a entretener muy poco tiempo.

—El que sea necesario, señor.

—¿Sabe por qué le he mandado llamar?

—La verdad, yo...

—Sí, lo sabe y eso es lo malo. El permiso que solicitó su amigo Johnson, ha llegado. ¿Lo sabía usted?

—En absoluto. Sé que el capitán Johnson estaba haciendo gestiones para obtener un permiso y quería aprovechar su influencia, también a favor mío.

—¿Nada más?—interrogó el coronel.

—Nada más, señor. Le doy a usted mi palabra.

—Le creo, Barton, no se esfuerce.

Tras estas palabras, siguieron unos instantes de silencio, que

rompió el coronel.

—Escúcheme, Barton. No crea que estamos en contra de que usted se vaya a descansar unos días. Se lo merece.

—Gracias, señor.

—Es la verdad. Además, estamos en vísperas de un duro trabajo y usted necesita estar en las mejores condiciones. Es ese capitán Johnson quien nos preocupa.

—¿Nos preocupa, dice usted, señor?

—Sí. A mí y al general Donovan.

—¡Ah! No sabía... ¿Y dice usted que Johnson...?

—Sí. Ese oficial obra de un modo extraño. Tiene mucha influencia en las alturas y quizá abuse un poco de ella. Yo quisiera de usted...

—Estoy a sus órdenes, señor. Y si el general o usted desean que no aproveche este permiso, estoy dispuesto a hacerlo — respondió Barton, con aire decidido.

El coronel extendió su brazos con las manos abiertas hacia el comandante, como queriendo detener sus palabras.

—No, no, nada de eso—repuso—. Como ya le he dicho, tanto el general como yo, deseamos que usted disfrute de un descanso.

—¿Entonces...? No entiendo...

—Verá: Sólo queremos que indique a su amigo y subordinado, el capitán Johnson, que haría mejor en obtener los permisos por el conducto regular sin valerse de amistades en las altas esferas.

—Así lo haré, señor.

—Y sobre todo, que no se ampare con la falta de descanso de un superior tan estimado por nosotros como usted, comandante.

—Muchas gracias, coronel Duncan. Créame si le digo, que siento mucho cuanto ha ocurrido.

El coronel se había levantado, al tiempo que lo hacía su subordinado y tomándole amistosamente del brazo, le acompañó hasta la puerta del despacho.

—No se preocupe más, Barton—le dijo como despedida—. Descanse y disfrute de estas vacaciones. Lo que le espera después necesitará de todas las energías que ahora acumule.

Y estrechándole la mano con fuerza, añadió:

—Buena suerte, Barton.

—Á sus órdenes, señor.

A los pocos minutos, el comandante Burlón, estaba en la calle. Había comenzado a oscurecer y aquello le recordó que debía apresurarse si quería ser puntual a la cita con Petula Donovan.

El recuerdo de la muchacha puso otra nota de pesadumbre en el tan traído y llevado permiso.

¿Cómo acogería Petula la separación?

Cierto que no había nada formal entre ellos, pero sabía la ilusión con que la joven esperaba su fiesta de cumpleaños. Esa fecha parecía sella propicia para su petición en matrimonio y así estaba tácitamente establecido entre ellos.

Pensando en todo esto, hizo señales a un turbo-taxi, que pasaba frente a él por la Avenida y le dio orden de llevarle a la Residencia de Oficiales. Antes de acudir a la casa del general, deseaba cambiar de uniforme y de paso, comunicaría a su amigo Johnson la noticia del permiso.

—Johnson...—pensó Barton—. ¡Qué extraño personaje resultaba aquel capitán Johnson...!

* * *

El timbre de la puerta sonó en el interior del bungalow de los Donovan. Petula hacía un buen rato que esperaba aquella llamada, pese a ello, no pudo dejar de estremecerse al oír la estridencia del zumbador. Oyó los pasos de la doncella que se dirigían hacia la puerta y escuchó atenta a cuanto de allí procedía.

—Pase usted, comandante Barton.

Cuando oyó aquellas palabras, procedentes del vestíbulo, Petula se puso en pie de un salto y sin esperar el aviso de la sirvienta, salió a; recibir al recién llegado.

Petula Donovan era lo que se conoce por una mujer atractiva: Veinticinco años, alta y esbelta. Sus cabellos eran rubios, muy azules sus ojos y su cuerpo deliciosamente armónico. Vestía siempre con sencillez, pero con una innata elegancia muy personal.

Barton detúvose cuando vio a la joven acercarse a él con las manos extendidas. Contemplándola en su serena belleza, comprobó cuán enamorado estaba de aquella mujer.

—Tendremos que cenar solos, querido. Mi padre me ha encargado le disculpes, pero ha tenido que asistir a una de esas reuniones de generales, en las que recuerdan sus tiempos jóvenes.

—¿Qué quieres que diga, que lo siento, o la verdad ?

Ella sonrió, al mismo tiempo que le miraba profundamente a los ojos. Apretó sus manos y exclamó:

—Lo que yo quisiera es... otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Que no te separases de mí.

—Entonces, ¿ya lo sabes?

—Sí. Mi padre me lo ha dicho antes de salir.

—Créeme, Petula, yo...

La muchacha le tapó la boca con sus dedos, y al tiempo que cerraba los ojos, dijo suavemente:

—No, por favor. No hablemos en toda la noche de eso, ¿conformes?

—Como tú quieras, querida.

Ella se le colgó del brazo y le condujo hacia el comedor.

—«Petula tenía razón-—pensó Barton—, era mejor no recordar aquella noche, nada que no fueran ellos mismos».

Dos horas más tarde, Barton se despedía de la joven en la baranda del bungalow.

En el cielo, miríadas de estrellas, daban una sensación de paz y suave belleza al ambiente. Petula, contempló el firmamento y dijo a su acompañante:

—Mañana estarás muy lejos de aquí y solamente ese cielo será el mudo testigo de nuestra existencia.

—Todas las noches contemplaré a las estrellas y pensaré en ti.

Se miraron en silencio y él volvió a hablar:

—Petula, yo quisiera decirte...

—No, Roberto, esta noche, no. Habíamos convenido que sería el día de mi cumpleaños.

—Pero ese día yo no estaré a tu lado—protestó él.

—Es lo mismo. Me lo dirás todo a tu regreso. O mejor, me lo dices ese mismo día por cable o por televisión.

—El día 17, mi cablegrama o telemensaje, será lo primero que verán tus ojos al despertarte. ¡Palabra!

—Eso espero. Y dime cosas bonitas...

El la atrajo hacia sí, levantándole el rostro suavemente, tomándola de la barbilla y en un susurro, exclamó:

—-¡Te quiero!

—¡Pero, Roberto! ¿No habíamos quedado...?

—Eso es aparte, querida. Esta noche es completamente nuestra...

Y estrechándola con fuerza, la besó lenta-mente en los labios.

Ella cerró los ojos para no verle marchar. Y los mantuvo cerrados, hasta que sus pasos se perdieron en el silencio de la noche.

CAPÍTULO III

La mujer, en realidad una guapa muchacha de veintiséis años, permaneció un poco indecisa ante el banco de piedra del parque. Luego, como tomando una súbita decisión, dio dos pasos hacia él y se sentó.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando por el lado opuesto se vio avanzar a un hombre de mediana edad, con una cartera bajo el brazo. En la mano llevaba un sobre largo, no muy voluminoso.

Al llegar a la altura del banco, donde estaba sentada la joven, se detuvo y sin mirar a la ocupante, tomó asiento en la otra punta. Dejó el sobre a su lado y puso encima de él la cartera.

La muchacha sacó de su bolso un pequeño estuche de belleza, tomó de él una barra de carmín y comenzó a retocarse los labios. Para tal operación se ayudaba de un diminuto espejo por el que seguía todos los movimientos del hombre sentado cerca de ella.

Este había sacado un cigarrillo de una pitillera y tras encenderlo, lanzaba bocanadas de humo, indiferente a cuanto le rodeaba, incluido la muchacha. No había consumido la mitad del cigarrillo cuando, obedeciendo a un repentino impulso, lo tiró al suelo, lo pisoteó y se puso en pie. Tomó su cartera y rápidamente se alejó de allí.

En el banco quedó olvidado el sobre estrecho y largo.

La muchacha guardó su estuche de maquillaje, se levantó y tomando el olvidado sobre, se alejó de allí con él en la mano.

Se la vio andar en dirección a un alto edificio que se levantaba al final del parque. Una vez llegado a él miró detenidamente su fachada, hasta encontrar lo que buscaba. Un buzón en el que se leía:

CORRESPONDENCIA

Abrió de nuevo el bolso, sacó de su interior un sello de correos y lo pegó en el sobre, precisamente en un recuadro indicado en forma muy visible. Hecho esto, depositó el sobre en el buzón y se alejó de allí, sin apresurarse demasiado.

Al cabo de diez minutos, cuando la muchacha debía encontrarse muy distante de allí, una horrísona explosión dejabase oír, al tiempo que se venía abajo el edificio donde había depositado el sobre.

— ¡Magnífico! ¡Mi más cordial felicitación! —exclamó Alfagamma, cuando en la pantalla del telecontrol desapareció la última imagen de la anterior escena.

—¿ Qué le ha gustado más, la muchacha o la explosión?—

preguntó sonriendo el profesor Sigmatau—. La muchacha es obra mía, la explosión es obra de Betazeta, nuestro jefe de Operaciones Terrestres.

Y al decir esto, señaló a un hombre bajo, rubio, cuadrado de hombros y con algo siniestro en la mirada.

El aludido sonrió y exclamó:

—Se trata de nuestro último descubrimiento en explosivos: la lámina de trinitrotolueno sintético. Tiene el aspecto de una hoja de papel de cartas en la que, hasta incluso, puede escribirse sobre ella.

—¿Y el fulminante?

—Dos filamentos, invisibles al ojo humano, van a parar al lugar donde se pega el sello. La humedad de la goma de éste, al ser pegado, hace de fulminante, con un retardo de tiempo que media entre dos y diez minutos.

—-Y ese tiempo, ¿cómo lo conoce el saboteador?

—Aparte de que se le puede comunicar por el cerebro electrónico, va indicado en el sobre, como si fuese el importe del franqueo.

Los tres hombres se encontraban en el cuarto de telecontroles. Las paredes estaban cubiertas por unas pantallas de televisión corpórea que permitía seguir todas las pruebas que se realizaban con los neo-hombres en compartimientos preparados al efecto, instalados en otro lugar.

Por las pantallas iban desfilando hombres y mujeres de todas razas y de todas las edades. Iban vestidos con gran variedad de indumentarias, predominando los uniformes militares de casi todos los ejércitos del mundo terrestre.

—Por lo que veo, el ejército sigue dando el mayor porcentaje de reclutas—indicó Alfagamma.

—Sí—contestó Betazeta—. Es el material humano que más nos interesa. Por lo menos, para la División de Sabotaje.

Y contemplando lo que acontecía en una de las pantallas, advirtió a su interlocutor:

—Vea esta nueva prueba. Se trata de una de las novedades de la División.

Diciendo esto, tomó de una mesa una carpeta oscura, en la que se leía con caracteres de imprenta:

EXPEDIENTE PERSONAL
DE
DONALD PRENROSE
Teniente de Aviación U.S.A.

Sacó de ella una lámina de acero, del tamaño de una cuartilla y colocándola al trasluz, señaló:

—¿Ve usted esas perforaciones? Son las órdenes que debe de

ejecutar ese hombre y que le irá transmitiendo el cerebro electrónico.

Entregó la lámina de acero a uno de los ayudantes.

—Colóquela ante el lector automático y comience la operación de prueba.

El ayudante realizó lo que le habían ordenado.

La pantalla del televisor destacó ahora por un tono más brillante y su superficie fue cubierta por la figura de un hombre joven, vestido con el uniforme del arma aérea de los Estados Unidos.

El militar permanecía quieto, con la mirada distraída. Contemplándole con detenimiento daba la impresión de estar escuchando algo, que le obligaba a una gran concentración.

Repentinamente pareció cobrar vida y con una súbita decisión comenzó a caminar con pasos rápidos. Llegó ante un edificio destinado a viviendas y entró en el portal.

A los pocos segundos su silueta se adivinaba tras la cortina de plástico de una de las ventanas del segundo piso. Y la extraña punta de un rifle asomaba entre sus pliegues, apoyada en el alféizar de la ventana.

Un automóvil avanzaba por la calzada y en su interior veíanse dos hombres con uniforme militar y distintivos de alta graduación. El coche lo conducía un soldado joven.

Los dos hombres iban charlando animadamente.

En la ventana se vio brillar una pequeña llama azulada, como si se hubiese encendido una cerilla. La débil llama había salido de la punta del rifle. Una punta en forma rectangular.

Uno de los militares quedó inmóvil.

Otra llamita surgió en la ventana y el otro militar quedó quieto, contemplando con cara de asombro a su acompañante.

Volvió a verse la llama y el conductor del automóvil quedó rígido, con las manos sin fuerzas, sujetas al volante.

El vehículo, sin control alguno, zigzagueó violentamente hasta que el fuerte choque contra un árbol le detuvo en su loca carrera.

El silencioso y extraño rifle fue retirado de la ventana y a los pocos minutos, el oficial de aviación salía del edificio y se perdía calle abajo

—Como verá, disponemos de un amplio repertorio en materia de atentados y sabotajes.

—Sí, ya he podido darme cuenta, contemplando estas pantallas.

—Todas las formas de obstaculizar la labor del enemigo son buenas.

—¿Y ese extraño rifle?

—Como le he indicado, es una de nuestras innovaciones.

—¿Cuál es su efecto?

—Es un paralizador del cerebro. Lanza unos rayos de tal intensidad magnética, que paralizan las células del cerebro.

—Entonces, ¿produce un ataque amnésico?

—Eso mismo.

—Y sus efectos, ¿son de mucha intensidad?

—Desde unos pocos segundos a unos cinco minutos. La carga de los disparos es regulable.

—En este caso, ¿habrá sido muy débil?

—Sí, lo suficiente para perder el control de la dirección y provocar el choque.

—Que parecerá a todas luces un accidente, ¿me equivoco?

—En absoluto.

Y con una amplia sonrisa, Betazeta concluyó sus observaciones dirigiéndose al profesor Sigmatau:

—Alfagamma, querido profesor, ha interpretado fácil y rápidamente el alcance de nuestros nuevos ingenios.

Las pantallas se habían apagado, lo que indicaba que las pruebas habían concluido.

—Y ahora, ¿cuál es el destino de estos hombres?—preguntó Alfagamma.

—Conforme van efectuando las pruebas de control les vamos volviendo al estado de catalepsia—respondió el profesor Sigmatau.

—De esta forma se les maneja mucho mejor cuando son devueltos a los lugares de procedencia—concluyó Betazeta.

—¿Todos vuelven a la población de dónde proceden ?

—Sí, absolutamente todos. Y no sólo eso, sino que se les sitúa en el mismo lugar y en la misma forma en que se les secuestró.

El profesor corroboró las palabras de Betazeta.

—El secuestrado debe recibir la impresión de no haberse movido de donde estaba. A lo sumo creerá que ha sufrido un pequeño desvanecimiento.

Alfagamma todavía preguntó.

—¿Y sus futuras actividades?

—Cada uno recibirá las órdenes por medio de su cerebro electrónico. Estos, como son ejecutores, sólo tendrán que realizar los atentados y otros actos violentos que se les ordene.

—¿Y los espías?

—A esos se les indica un objetivo y van informando sobre él, conforme lo van contemplando. Y aquí se registra cuanto denuncian.

—Y en cuanto a los pensadores — observó Sigmatau—, dado lo delicado de su labor, van recibiendo órdenes a medida que realizan los cálculos matemáticos, las construcciones o cualquier otro trabajo de precisión que es necesario destruir o impedir su fabricación.

La conversación fue interrumpida por los resplandores de una luz encamada que se encendió varias veces. Era una llamada de atención y por el número de destellos estaba destinada al profesor Sigmatau.

Este tomó un teléfono de los que estaban sobre una mesa y escuchó cuanto le decían. Asintió en silencio, inclinando varias veces la cabeza y puso punto final a lo escuchado con un:

—Inmediatamente serán ejecutadas esas órdenes.

Y colgando el aparato, ordenó a un ayudante:

—Tengan preparado el quirófano para una operación especial.

—¿Tipo de paciente?

—Hombre.

—¿División a que se destina?

—Saboteadores.

—¿Tiempos?

—Un minuto de ametrallamiento y veinte segundos de lluvia vaporizada.

—¡A sus órdenes!

El ayudante desapareció velozmente a cumplir sus instrucciones.

— ¿Es inminente esa operación, profesor? —preguntó Betazeta.

—De un momento a otro van a secuestrar al paciente y como se encuentra cerca de aquí, no tardará mucho en llegar.

—Entonces, ¿qué procede hacer?

—Interesaría despejar las cámaras de descompresión.

—Voy a dar órdenes para que todos los neo-hombres sean remitidos a sus respectivos destinos.

—Sí, creo que será lo más acertado.

Betazeta marchó por uno de los pasillos hasta llegar a un amplio ventanal, protegido por unos gruesos cristales.

Tras ellos veíase una amplísima replaza, semejante a una gran piscina cubierta de agua por un poco más de la mitad. En medio de ella flotaban unos artefactos semejantes a pequeños submarinos.

A una señal de Betazeta, las hélices de los navíos se pusieron en movimiento, levantando altas columnas de espuma que impedían ver lo que sucedía tras los cristales del gran ventanal.

En cada uno de los submarinos habían colocado el cuerpo rígido de un neo-hombre. Y junto al cataléptico, se situaba el piloto.

Cuando cesó el remolino de las aguas y la superficie quedó en calma, los mini-submarinos habían desaparecido.

Y en cada uno de ellos iba un ejecutor, preparado a sembrar la destrucción a su paso por el planeta terrestre.

* * *

Barton se desperezó lentamente, mientras los primeros rayos del sol daban sobre su cama. Colocó sus manos bajo su nuca y se puso a pensar, sumergido en el silencio de la mañana africana.

Hacía tres días que habían llegado a la playa de Cocoana, situada a unos diez kilómetros de Lilianville, y todavía permanecía bajo la impresión que le había causado el viaje y la llegada a aquel oasis de paz y sosiego.

En sus oídos resonaban las últimas palabras del general Donovan, escuchadas por teléfono, un minuto antes de marchar.

—«Cuídese, Barton. No me sabe mal que se vaya, si ello es para su bien. Reponga esas fuerzas y regrese dispuesto para la lucha. Ya sabe que confío mucho en usted para el nuevo proyecto».

Y así había seguido, con gran desesperación del capitán Johnson quien, nervioso, exclamaba:

—«Deja ya a ese viejo pesado, Barton. El avión sale dentro de cinco minutos».

Barton recordaba ahora todas estas precipitaciones y no podía por menos que pensar:

—La verdad es que entre unos y otros, me llevan un poco como quieren.

El viaje había sido cómodo y seguro. Aquellos gigantescos ultrarreactores eran formidables. Y luego estaba la llegada a Lilianville y a la playa de Cocoana.

—¡Maravilloso, Johnson! ¡Sencillamente maravilloso!—confesó Barton en cuanto llegaron.

—¿Qué te decía yo? Tú déjate llevar siempre de «papá» Johnson y lo pasarás bien.

—¿Cómo has descubierto un sitio como éste?

—Secretos, muchachos, secretos… Hay que huir de las aglomeraciones: Florida, Copacabana, Acapulco, las playas del Mediterráneo están saturadas. El paraíso del turista está en África.

—Pero hay poca gente, ¿verdad?

—¿Para qué quieres más?

—¡Hombre…! Siempre es bueno estar cerca de seres humanos.

—Hay mucha gente, no creas. Pero es que viven en playas particulares, como ésta. Ocupan bungalows como el nuestro, sin que se molesten unos a otros.

—Supongo que en Lilianville habrá televisión-postal.

—¡Ah, ya salió aquello! Pues, sí. Allí tienes televisión postal y hasta radioflora, para que puedas enviarle un bello ramo de claveles a tu amada.

Al recordar esto último, Barton miró el almanaque que estaba sobre la mesilla de noche: Era el dieciséis de enero.

—«Mañana es el cumpleaños de Petula. Esta tarde tendré que

acercarme a Lilianville a prepararle la felicitación».

El hilo de los pensamientos fue cortado por la voz de Johnson, que le llamaba desde el otro lado del tabique.

—¡Arriba, muchacho! ¡Arroja la pereza a un lado y levántate!

—Estoy despierto desde hace mucho rato.

—¿Y qué haces? ¿Pensar en tu amor?

—Algo parecido.

—Pues déjalo para otra ocasión. Acuérdate de que hoy vamos de caza y hay que aprovechar las primeras horas de sol. Más tarde, no habrá quién lo aguante.

—¡Voy allá enseguida!—respondió Barton, al tiempo que saltaba de la cama y corría hasta colocarse debajo de la ducha.

En el cuarto de al lado, Johnson ya se hallaba completamente vestido, si puede llamarse vestido a llevar unos pantalones cortos, una camisa blanca y unas zapatillas del mismo color.

Había limpiado las escopetas de caza y ahora se entretenía en llenar de cartuchos una canana.

Cuando ya lo tuvo todo listo, se quedó pensando en lo que tenía que hacer a continuación. Echó una mirada a la puerta de su habitación y al verla cerrada, se decidió.

Avanzó rápidamente hacia el armario y sacó de él una pequeña bolsa. Introdujo la mano polla abertura y retiró de su interior un objeto extraño.

Tenía la forma de una pequeña pistola de cañón corto. La punta de este cañón no era redonda, sino completamente rectangular.

Johnson contempló unos instantes la pistola y quedó pensativo.

—¡Johnson! ¡Yo ya estoy listo!—oyó decir a Barton, desde el otro lado de la puerta.

El aludido metió apresuradamente la pistola en la bolsa, de donde la había sacado. Miró como para asegurarse de que había visto más cosas dentro y corrió el cierre de la cremallera.

—Pasa, Barton, y recoge tu escopeta—invitó.

Johnson se puso la bolsa en bandolera y tomó su escopeta y su canana. Barton recogió las suyas y ambos amigos salieron al vestíbulo.

—No te olvides el salakof—recomendó Johnson, al mismo tiempo que se colocaba el suyo.

—Estás en todos los detalles, amigo.

—Si no te cuidase yo, ¿quién lo iba a hacer, hermanito?

—Tienes razón. Eres mi ángel de la guarda.

Y en medio de grandes carcajadas, salieron al exterior.

La playa, como todos aquellos días, aparecía completamente desierta.

Enclavada en un pequeño promontorio, quedaba a cubierto de

las miradas de los ocupantes de las otras playas privadas.

A un lado, las rocas desafiaban a las olas que se rompían en ellas con violencia. Pero al otro, aquellas mismas rocas protegían a la diminuta bahía que formaba una playa de suave oleaje y deliciosos arenales.

En la parte más agreste del promontorio veíanse grandes bandadas de aves acuáticas, que eran una tentación para los cazadores.

Hacia allí se dirigieron los dos amigos con las escopetas preparadas.

—Sitúate cerca de la orilla—indicó Johnson a su compañero—. Desde esa roca podrás dominar más extensión de agua.

—Pero las piezas caerán al mar.

—No te preocupes. Luego iremos por ellas con la canoa neumática que llevo ahí.

Y al decir esto, Johnson señalaba la bolsa que tenía colocada a su lado.

Barton apuntó, disparó y una de las aves cayó al agua. Ahora fue Johnson el que disparó, haciendo también blanco. Menudearon los disparos con suerte varia, mientras el mar aparecía cada vez más lleno de aves.

Barton estaba entregado de lleno a aquel apasionante deporte. Johnson, situado algo detrás de él, participaba menos de aquel juego.

Disparaba más de tarde en tarde que su amigo y en muchas ocasiones se quedaba con la escopeta suspendida entre las manos y con la mirada perdida en el vacío, como esperando algo.

De pronto, el cuerpo de Johnson se puso tenso, sus ojos se extraviaron aún más y así permaneció unos instantes.

Como si obedeciese a unas fuerzas ajenas a él, alargó la mano a la bolsa y sacó la pequeña pistola de cañón rectangular.

Apuntó con ella a la cabeza de Barton y apretó el gatillo.

En la punta del cañoncito se encendió una lucecilla azulada, apenas visible por la fuerte luminosidad del sol.

Barton, como si hubiese recibido una fulminante descarga, quedó rígido. La escopeta cayó de sus manos y a los pocos segundos su cuerpo se desplomaba entre los brazos de Johnson, que había acudido rápidamente a su lado.

Este tendió a Barton sobre las piedras cuan largo era. Sacó de un estuche una pequeña jeringuilla y le inyectó en el brazo un líquido oscuro.

Al recibir la inyección, el cuerpo de Barton quedó totalmente rígido, en estado cataléptico.

Con toda rapidez, Johnson sacó de la bolsa un bote neumático,

lo infló con la válvula automática y lo lanzó al agua. Metió dentro del bote el rígido cuerpo de Barton, montó él a su vez y utilizando un remo de corta y ancha pala bogó alejándose rápidamente de la orilla.

Cuando se hubo distanciado cosa de un kilómetro, sacó una pequeña brújula, miró el reloj y luego al sol. Bogó un poco más y se quedó esperando.

A los pocos instantes, el cuerpo de Johnson se tensó, como antes del ataque a Barton. Miró fijamente al agua y de pronto ésta comenzó a burbujear. Se oyó un ruido extraño y una mole metálica surgió a unos diez metros del bote neumático.

Era un mini-submarino de la base de los neo-hombres.

Johnson acercó el bote. Se abrió la escotilla del mini-submarino y un hombre surgió de su interior.

El cuerpo de Barton fue izado hasta la escotilla y luego introducido dentro de ella.

Johnson se alejó de allí rápidamente y a los pocos instantes el mini-submarino desapareció bajo las aguas del océano.

Durante toda la operación los dos hombres no habían cruzado una sola palabra, pero sus acciones se sucedieron con una perfecta sincronía.

Diríase que los movimientos de ambos estaban dirigidos por una fuerza totalmente externa a ellos mismos.

CAPÍTULO IV

El soldado había pasado por delante de la puerta del hangar Norte B-6 y estaba a punto de doblar la esquina para proseguir su inspección de guarda. Llevaba la metralleta colgada al hombro, un tanto indolentemente y aunque su aire tenía cierta marcialidad, sus pasos le llevaban mecánicamente a efectuar su habitual recorrido.

En el interior del hangar se guardaba una de las naves interplanetarias últimamente fabricadas. La que allí se encontraba, la B-2-34, estaba esperando ser lanzada al espacio de un momento a otro.

Naturalmente el edificio estaba algo mejor guardado que por aquel indolente soldado. Y ello era así por unas gruesas puertas de acero reforzado, herméticamente cerradas, que impedían todo acceso al interior. Salvo una pequeña puertecilla, protegida por un recio blindaje y cerraduras de seguridad, no se veía el menor resquicio por donde pudiera pasar una persona.

El soldado de guardia sabía todo esto. Por eso fue mayor su sorpresa cuando vio avanzar hacia él a un hombre con uniforme de sargento y observar que aquella persona había salido del interior del hangar,

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí?—fue la primera pregunta del soldado.

El interpelado no contestó y siguió avanzando como si no hubiera oído nada.

—¡Alto! ¡No dé un paso más!—exclamó un poco más fuerte el soldado.

El asombro dejó paso a la intranquilidad y ésta al temor. El extraño sargento seguía avanzando imperturbable.

El soldado ya le veía claramente el rostro. A su vista se dio cuenta de algo anormal. Aquel hombre tenía la mirada perdida en el infinito y sus movimientos eran los de un autómata.

—¡Alto!—repitió el soldado—. ¡Deténgase o disparo! — añadió, armando la metralleta. El hombre siguió avanzando y un segundo después el «¡ra-ta-ta!» del arma, estremecía el silencio de la noche y el extraño personaje caía acribillado a balazos a los mismos pies del soldado de guardia.

Este, presa de un estremecimiento nervioso, contemplaba como idiotizado, el cuerpo del caído. Y así lo encontraron quienes, alarmados por los disparos, habían acudido rápidamente a su lado.

—Yo le he dado el alto... Le he dado el alto... varias veces y no se detenía.

Como una cantinela, el soldado repetía una y otra vez:

—Le he dado el alto... y no se detenía...

Una ambulancia dejó oír la estridencia de su sirena. Los camilleros recogieron el cadáver del sargento y un teniente de los grupos de vigilancia que observaba todo aquello, ordenó:

—Llévense también a este soldado. Le falta muy poco para que le dé un ataque de nervios.

Apenas la ambulancia había recorrido doscientos metros, cuando una horrísona explosión hizo temblar el suelo.

—¡Ha sido en el hangar! ¡En el hangar Norte B-6!—exclamó alguien.

Efectivamente: La puerta del hangar aparecía con un enorme boquete y por él, se veía salir una espesa humareda. Los soldados que se encontraban por allí, corrieron hacia el lugar siniestrado.

—¡Alto! ¡Deténganse todos!—cortó la voz del teniente.

Y colocándose de frente a los hombres, añadió:

—No sabemos aún qué es lo que puede ocurrir ahí dentro.

—Pero, ¿y si todavía queda alguien? ¡Hemos de procurar salvarle!

—No. Ahí dentro no hay nadie que deba estar. Y lo que está, no tenemos por qué verlo nosotros.

Poco a poco habían ido acercándose más soldados y oficiales. Algunos iban armados. El teniente señaló a unos cuantos de éstos.

—Ustedes formen un cordón ante la puerta y que no entre nadie que no deba.

—¿No vendrá una guardia especial, señor?

—Sí. No tardarán mucho en aparecer.

Tras estas palabras, el teniente hizo una seña a un turbo-jeep que permanecía aparcado cerca de allí. Montó en él y ordenó al chófer:

—Lléveme al Centro Azul. ¡Rápido!

—Enseguida, señor.

El Centro Azul, era el Cuartel General del Servicio de Inteligencia de la Base «A» de Operaciones Espaciales.

* * *

A la misma hora, en la casa del General Donovan se observaba una inusitada animación.

Lo más selecto de la base se había dado cita en aquellos salones, que resultaban insuficientes para albergar a cuantos habían acudido a festejar el veinticinco aniversario de Petula Donovan.

—¡Oh, Petula, es una fiesta maravillosa!

—Gracias, señora Palmerton. Celebro que le agrade.

—¿Cómo no va a agradarme, querida, si está aquí lo mejor de la base?

Y al decir esto, la señora Palmerton—cincuenta años bien conservados—señalaba a la concurrencia que le rodeaba.

Señoras de su edad, ricamente alhajadas y jefes de alta graduación de los tres ejércitos, en servicio activo en la Base «A» a las órdenes del General Donovan.

La gente joven, los tenientes, capitanes y las hijas de los jefes, se divertían en otra sala, no dejando un minuto libre a Petula.

—¿Dónde tienes los discos modernos, querida?

—Petula, ¡en la nevera ya no queda coca-cola!

—¿En dónde has metido el «Martini»?

Y Petula iba de un lado a otro atendiendo a todos, cansándose cada vez más y aturdiéndose mucho, que es lo que pretendía más que nada, en aquel momento.

Todo el día había estado pendiente del fono-visor, del teléfono o de la llamada a la puerta del repartidor de cablegramas. Pero las horas habían ido transcurriendo monótonamente sin que hasta la casa de los Donovan llegara la menor noticia del comandante Barton.

Aun no queriendo, Petula Donovan estaba pensando en ello, cuando el estampido de una tremenda explosión hizo vibrar los cristales y las paredes del bungalow.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Oh, Dios mío...!

—¡Qué explosión más horrible!

—¿Dónde habrá sido?

El salón de las señoras se llenó de gritos, que a duras penas contenían las serenas voces de los hombres:

—¡Calma, señoras, calma...!

—¡No habrá sido nada...! Algún accidente, un ligero descuido.

La gente joven se puso nerviosa y los oficiales recomponían sus figuras ante las asustadas jovencitas.

—¡Parson!—llamó el general a uno de los oficiales allí presentes —. Parson, por favor, vea si se entera de lo ocurrido.

—¡Voy en seguida, señor!

—Mientras tanto, amigos—tranquilizó el general—, sigamos con la fiesta. Pronto sabremos lo ocurrido.

No habían transcurrido diez minutos, cuando sonó el teléfono. La doncella avisó al general y éste pidió que le pasaran la comunicación a sus habitaciones personales.

A los pocos minutos, el general Donovan salía de su habitación abrochándose el abrigo. En su rostro se adivinaba una honda preocupación.

Su hija le esperaba en el pasillo.

—¿Qué ocurre, papá?

—No sé, querida... Ha ocurrido una cosa un poco extraña. Voy a salir.

—¿Es grave?

—-Así parece, pero procura no alarmar a nadie.

—No te preocupes, papá.

—Discúlpame de todos. Y procura que tarden mucho en marcharse a sus casas. Aquí están mejor que haciendo inútiles comentarios por ahí.

—Así lo haré.

Y él general Donovan salió por la puerta de servicio para no llamar la atención de sus invitados.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando entraba en su despacho oficial.

En el antedespacho, delante de la mesa de Morgan, su ayudante, conversaban en voz baja varios oficiales del Servicio de Inteligencia.

En un sillón situado a la misma puerta del despacho del general, un poco olvidado de todos, estaba sentado el soldado que hacía guardia en el hangar. El pálido color de sus mejillas denunciaba claramente que no se había repuesto totalmente del choque nervioso sufrido no hacía mucho.

Los presentes se cuadraron al entrar el general, y el soldado dio un salto, cuando tuvo delante a su superior.

Este, poniéndole una mano en su hombro, le hizo volver a su anterior posición.

—¡Quieto, muchacho!

Y dirigiéndose a los oficiales, preguntó:

—¿Es éste el soldado que estaba de guardia?

—Sí, señor—le respondió su ayudante, dando un paso al frente. Y añadió—: El Jefe del Servicio de Inteligencia, coronel Foster, está en su despacho, señor.

—¿Solo?

—No, señor. Le acompaña el coronel Duncan. Están comunicando con la base «B».

—¿Con la base «B»?

—Sí, señor. Parece que allí también ha ocurrido algo anormal.

—¡Vaya, hombre! Las desgracias nunca vienen solas,

Y señalando al soldado, el general Donovan añadió:

—Atiendan a este muchacho y anímenle un poco. Quiero que esté totalmente tranquilo cuando hable con él más tarde.

—Lo procuraremos, señor.

El general entró en su despacho y saludó a los dos militares que le esperaban.

—¡Hola, Duncan! ¡Foster, parece que va usted a tener trabajo!

—¡A sus órdenes, señor!—saludó Duncan, poniéndose en pie y llevándose la mano a la frente.

—¡Y al parecer un trabajo bastante complicado, señor!—respondió Foster.

—¿Han descubierto algo más?—interrogó el general.

—Aquí, poco más, señor. El explosivo utilizado para el sabotaje ha sido trinitrotolueno sintético, como cabía suponer. Pero lo curioso es cómo lo han utilizado.

—¿Cómo ha sido?—inquirió intrigado el general.

—Por medio de finas láminas, no más grandes que hojas de papel de cartas.

—Es raro eso. ¿Hay algún antecedente?

—Ninguno, señor. Al menos hasta hace un rato.

—¿Cómo es eso de hasta hace un rato?

—Verá, señor. En el archivo de nuestra base no hay registrado nada sobre este sistema de explosivo, ni tampoco en nuestra Agencia Central.

—¿Entonces...?

—Hace cinco minutos nos han comunicado que en la base «B» ha sido volado otro aparato interplanetario.

—Algo sobre eso me ha dicho mi ayudante. ¿Y qué hay sobre ello?

—El explosivo utilizado es el mismo que se ha empleado aquí. Y también en forma de láminas o papel de cartas.

—¿Y cuándo ha ocurrido eso?

—Poco más o menos a la misma hora que en esta base.

—¡Extraña coincidencia! ¡Muy extraña...!

El general quedó unos instantes pensativo. Foster respetó su silencio, pero Duncan lo interrumpió, diciendo:

—Hay otra coincidencia, señor.

—¿Otra? ¿Cuál es?

—Hable usted, coronel Foster—insinuó Duncan.

—Uno u otro, es lo mismo—cortó impaciente el general—. Pero hablen de una vez.

—Se trata del autor del sabotaje—comenzó a decir Foster.

—¿Le han cogido?

—No, tampoco allí han tenido suerte. Es más, lo mismo que aquí, el autor se ha auto aniquilado.

—¿Qué quiere decir con eso de que se ha auto aniquilado ?

—Que se ha quitado la vida a propósito. Ha montado en una motocicleta y se ha estrellado contra una pared.

—Pero...

—Sí, aquí ha sido abatido por un centinela, es cierto. Pero, en la

base «B» nadie lo perseguía, tenía toda una pista de despegue para escapar y ha chocado intencionadamente contra la pared de un puesto de observación. Y...

—¡Siga, Foster, siga!—apremió el general.

—¿Sabe usted, señor, qué ancho tenía esa pared ?

—Los puestos de control no son muy grandes.

—Un metro ochenta, señor. Para chocar contra ese muro hay que hacerlo a propósito, no cabe la menor duda.

—Sí, eso parece. No obstante, no veo fácilmente esa analogía con el saboteador de aquí.

El coronel Duncan intervino de nuevo.

—Si me permite, señor, le sugiero que mantenga una breve conversación con el centinela que disparó contra él. Está ahí fuera...

-—Sí, ya lo he visto al entrar. ¿Quién es ese muchacho, Duncan?

—Se trata de un soldado llamado Sidney Mc. Lane, veintiún años. Año y medio de servicio en infantería motorizada de la Policía Militar. Ha hecho guardias, vigilancias, recuperaciones de poca monta. Esta es la primera vez que dispara sobre una persona humana.

—En resumen...

—Un buen chico. Hoja de servicios en blanco y muy asustado.

—¿Qué dice usted, Foster?

—El muchacho cuenta una historia muy rara, pero también muy interesante. Según él..., pero creo que es mejor que le oiga usted mismo.

—Está bien. Veamos a ese chico.

El soldado fue introducido a presencia del general y repitió ante éste la historia que había relatado más de diez veces en la última media hora.

— Vamos a ver, Mc. Lane — pidió Foster—. Diga al general qué vio de raro en ese hombre.

—Los ojos, señor...

—¿Los ojos?—preguntó el general.

—Sí, sus ojos. Los tenía fijos en mí y parecía que no veían. Me miraba sólo a mí. Yo juraría que me miraba como si me quisiera hipnotizar. Sin embargo, se movía de una forma rara.

—¿Tampoco sus movimientos eran corrientes?

—Así es, señor. Más bien parecía un autómata.

El muchacho estaba mucho más animado ante tan ilustres oyentes. Al menos, éstos, no eran tan apremiantes como los oficiales del Servicio Secreto que, anteriormente, le habían interrogado varias veces.

No obstante, pareció dudar un poco antes de añadir otra opinión.

—Adelante, Mc. Lane—le animó el coronel Foster—. Complete su relato ante el general.

—¿Sabe qué es lo que creo de ese hombre, señor ?

—¿Qué es lo que crees, muchacho?

—Que a ese hombre lo mandaba alguna fuerza extraña. Venía hacia mí, sin ver y sin oír, mandado por alguien.

—¡Cómo! ¿Qué dice este chico?—clamó el general Donovan.

El coronel Foster terció inmediatamente:

—¿Comprende ahora lo que quería indicarle antes, señor?

—¿Qué quiere usted insinuar, Foster?

—Solamente esto, señor: Estos dos sabotajes han sido realizados utilizando los mismos explosivos...

—Está bien, siga.

—Y las fuerzas que han mandado la colocación de un artefacto, han sido las mismas que han ordenado la colocación del otro.

—¿Y qué más?

—Que esas mismas fuerzas han ordenado más tarde la autodestrucción de los autores—concluyó Foster.

—¿ Y quién o quiénes son esas fuerzas ?—preguntó el general.

—Eso es lo que debemos de descubrir, señor, y no va a ser tarea fácil.

La pausa que siguió a las palabras del coronel Foster fue aprovechada por Duncan para hacer salir al soldado.

Los tres hombres quedaron a solas y envueltos en un silencio que nadie se atrevía a romper.

El general pulsó un interruptor, situado a la derecha de su mesa de despacho. En la sala contigua sonó un zumbador y a los pocos segundos tenía ante sí a su ayudante.

—¿A qué estaba destinada la nave destruida, Morgan ?

—A la operación «Hot-Dog», señor.

—¿Eso quiere decir que hay que volver a hacer de nuevo todo el trabajo?

—Eso mismo, señor. Como recordará usted, el destino de esa nave, aunque secreto, es «M.P.» (Máxima prioridad). Adelantándome a los acontecimientos he consultado al Estado Mayor Central.

—¿Y qué ha averiguado?

—Se encuentran muy alarmados ante lo que suponen un lamentable retraso, pero para ellos «Hot-Dog» sigue siendo «M. P.».

— ¡En menudo embrollo estamos metidos! —exclamó el general.

—Eso mismo opinamos todos, señor—concluyó el ayudante.

El general se puso en pie. Era un hombre tranquilo, hasta pacífico, cuando los acontecimientos se deslizaban con normalidad. Pero cuando las cosas se ponían difíciles, el general Donovan

respondía a la fama alcanzada en su dilatada vida militar.

—Coronel Foster, siga investigando. Eso de los hombres dirigidos misteriosamente parece sacado de una historia de «science fiction», pero no hay que dejar suelto ningún cabo de esta extraña madeja.

—-A la orden, señor—. Y el coronel Foster se dirigió hacia la puerta.

Las últimas palabras del general le alcanzaron a punto de franquearla.

—Y no pierda el contacto con las otras bases.

—Así lo haremos, señor. ¡Buenas noches, señores!

El general se dirigió a su ayudante:

—Morgan, mañana a las ocho quiero reunirme con el Estado Mayor. Y a las diez, con todo el personal de la operación «Hot-Dog».

—Faltará el comandante Barton y su ayudante, el capitán Johnson.

—¿Sabe usted dónde están, Duncan?

—Sí, señor. Están en una playa situada cerca de Lilianville.

—¿Puede localizarlos fácilmente?

—Creo que sí. Utilizaré al piloto que los llevó.

—Que vaya allí sin perder tiempo y que nos traiga a Barton para mañana sin falta.

—Enseguida encargaré esa misión, señor. ¿Nada más?

—-Nada más, gracias. Hasta mañana.

—Buenas noches, señor. ¡Hasta mañana, Morgan!

—¡Que descanse, Duncan!

El general todavía estuvo más de una hora despachando con su ayudante. Aprovechando una pausa en el trabajo, éste le sugirió:

—¿Y si se acercase a su casa a despedir a sus invitados, señor?

—¿Mis invitados...? ¡Ah, sí! Me había olvidado de la fiesta. ¡Pobre Petula! Ella es la única que va a salir ganando de todo esto. Mañana verá al comandante Barton. Nada menos que tres días antes de la fecha prevista.

CAPÍTULO V

El mini submarino llevaba sobre navegando un buen rato a lo largo de Asteronia, la base submarina de los neo-hombres. Buscaba la escotilla de entrada, situada en uno de sus vértices, justo en la parte contraria a como había entrado en el hoyo que servía de refugio a la base.

Asteronia podía considerarse como una auténtica ciudad submarina. Estaba situada en el interior de una hondonada natural enclavada en lo más profundo del océano Atlántico, frente a las costas africanas.

Imaginada por unas mentes diabólicas, tenía diversas finalidades. Era el Cuartel General, arsenal y control de los neo-hombres que operaban en los continentes americano y euroafricano.

Los grupos de espionaje y acción eran dirigidos para sus operaciones de investigación y sabotaje desde los cerebros electrónicos situados en sus entrañas..

También en su interior se efectuaban las operaciones de transmutación de voluntad y sentimientos y se entrenaba a los neo-hombres para nuevas y pérfidas actividades.

Y toda aquella ciencia y organización tenía un solo objetivo: evitar la llegada del hombre terrestre a los planetas de la constelación de Astero, en la Galaxia Superior.

El mini submarino se introdujo por la abertura y poco a poco llegaba a la cámara de descompresión. Funcionaron las válvulas y el nivel del agua fue bajando hasta que el navío quedó flotando como una canoa.

Se abrió la escotilla, situada a un lado, al mismo tiempo que unos hombres tendían una pasarela metálica semejante a un deslizador. A poco el cuerpo de un hombre en estado cataléptico era deslizado por la pulida superficie y llevado rápidamente a la sala de operaciones.

A los pocos minutos el rostro del profesor Sigmatau se asomaba al ventanal que separaba el quirófano de la sala de mandos. A su lado estaba Betazeta. Ambos hombres llevaban colocados los blancos trajes de trabajo y no apartaban la vista del cuerpo que yacía sobre la mesa de operaciones.

Aquel hombre era el comandante Barton.

—¿Tengo entendido que ésta es una buena adquisición?— preguntó Sigmatau.

—No lo sabe usted bien, profesor—replicó Betazeta—. Con este hombre nuestros planes reciben una de las mejores ayudas.

—¿Es muy importante su misión en la Tierra ?

—Muchísimo. Es el hombre de confianza del general Donovan.

—Uno de nuestros peores enemigos.

—Cierto. Pero es que, además, el comandante Barton es el cerebro motriz de la operación llamada «Hot-Dog».

—¿Y cuál es la finalidad de esa operación?

—La construcción de una serie de aeronaves capaces para alcanzar la Galaxia Superior. Están destinadas a preparar la invasión de Astero.

—¿Tan adelantados llevan esos planes?

—Los llevaban, profesor, los llevaban—y al decir esto Betazeta sonrió enigmáticamente.

—¿Es que ya se han realizado los sabotajes previstos ?

—Ep estos momentos se estarán realizando, profesor. Y con ello quedará destruido mucho de cuanto han ideado hombres como éste.

Y al decir esto, señaló el cuerpo inerme de Barton, que iba a ser sometido a la operación transmutadora.

Betazeta, prosiguió:

—Barton es un elemento esencial. Precisamente en estos días debe comenzar una importante fase de la operación «Hot-Dog», y aunque el sabotaje planeado, y que hoy se lleva a efecto, retrasará considerablemente los trabajos, es mucho mejor asegurarnos desde ahora la voluntad e inteligencia del comandante.

—¿Quién lo ha reclutado?—interesase el profesor.

—Ha sido un trabajo realizado por Johnson, mejor dicho, por Pentacuatro.

—¿Reclutamiento voluntario ?

El rostro de Betazeta se ensombreció al oír la pregunta del profesor. Un relámpago de ira cruzó por sus ojos y, endureciendo su voz, aclaró:

-—Los hombres como el comandante Barton, profesor, no acuden voluntariamente a su mesa de operaciones.

—Ya lo suponía. Eso queda para gente como nosotros, o como ese Johnson, ¿no es cierto?

—Así es. A hombres como Barton hay que traerlos a la fuerza y tras ímprobos esfuerzos.

—¿Es que ha ofrecido mucha resistencia?

—No, no se trata de eso. Barton es uno de esos hombres que no quieren abandonar nunca sus investigaciones y a Pentacuatro le ha llevado mucho tiempo el convencerle de que tomase unos días de descanso. Los necesarios, cuanto menos, para traerle cerca de aquí.

—Pero tengo entendido que ese Johnson o Pentacuatro es un consumado maestro en estos menesteres.

—No anda equivocado. Dos meses le ha costado obtener el

permiso, pero al fin lo ha conseguido. Y ahora quien manda de Barton es usted, profesor.

El aludido sonrió y tras contemplar al coman-dante, replicó:

—Por muy poco tiempo, Betazeta. En cuanto acabe con él será a usted a quien pertenezca este hombre. Usted es el jefe de operaciones y el trabajo de Barton cae dentro de su jurisdicción.

Y volviendo la cabeza hacia Epsilón, su ayudante, preguntó el profesor:

—¿Todo listo?

—¡Todo en orden, profesor!

—Pues, vamos allá. Betazeta, por favor...—y le indicó el protector de ojos.

Y dirigiéndose a sus ayudantes les recordó:

—Ya lo saben. Un minuto para el ametrallamiento de rayos y veinte segundos para la lluvia de vapor.

— Entendido, profesor — contestó el primer ayudante.

El profesor Sigmatau giró una rápida mirada sobre hombres y aparatos y viéndolo todo en orden, dio la voz de:

—¡Acción!

Y el chisporroteo electromagnético se derramó sobre el cuerpo de Barton, al tiempo que iluminaba fantasmagóricamente las dos estancias.

Con la vista fija en el cronógrafo, el contador de tiempos iba repitiendo los segundos.

—... quince, dieciséis, diecisiete, diecio...

Súbitamente se quebró aquella voz. Los chispazos cesaron y durante una fracción de segundos reinó la oscuridad más absoluta.

—¿Qué pasa?

—¿Qué es esto?

Exclamaron a un tiempo Betazeta y el profesor Sigmatau.

Pero no habían acabado de lanzar sus preguntas, cuando el chisporroteo proseguía como si nada hubiese ocurrido.

El fallo había durado tres segundos exactamente. Luego, todo se deslizó normalmente.

—¿Espero que esto no alterará el posterior funcionamiento de los órganos vitales ?—preguntó Betazeta, preocupado.

—No creo. El fallo ha sido muy corto para eso. No obstante, alargaremos la descarga tres segundos más.

—¿Hay algún precedente de esto, profesor?

—No. Es la primera vez que ocurre.

—Es muy raro todo esto, ¿no cree?

—¿Qué quiere que le diga? También la fuerza atómica puede fallar alguna vez. Pero hay una respuesta a estas dudas.

—¿Cuál?

—La sala de pruebas. Someta a este paciente a unas pruebas más delicadas para comprobar todas sus reacciones.

—Sí, será lo mejor. Voy a ordenar que preparen todos los elementos de prueba y control.

En aquel mismo momento, el zumbador del teléfono de órdenes exteriores comenzó a sonar.

—Sala de operaciones electromagnéticas, ¿dígame?—dijo la voz impersonal de uno de los ayudantes—. Sí, señor, enseguida.

Y dirigiéndose a Betazeta, le pasó el aparato.

—Es para usted, señor.

—Gracias—contestó éste tomando el teléfono—. Betazeta al habla, ¿qué ocurre?

Escuchó unos instantes y su semblante se estremeció visiblemente.

—¿Han sido muchos?—preguntó. Y tras escuchar unos instantes, exclamó—: ¡Diez hombres, dice usted!... Pero, ¿todos tenían la orden de autodestruirse?

—Sí, sí, comprendo—prosiguió diciendo Betazeta—. Ha sido lo mejor que podía hacerse, lo comprendo. Pero, de todas formas, diez hombres son una pérdida excesiva, aunque todo haya salido perfectamente.

Escuchó en silencio unos instantes y su mirada se posó sobre el comandante Barton.

La operación había concluido y los camilleros comenzaban a retirar el cuerpo del militar para llevarlo a la sala de pruebas.

Betazeta hizo un gesto con la mano para que detuvieran aquella maniobra. Al mismo tiempo habló al micro teléfono.

—¿Es necesario que sea inmediatamente? Verá usted. Es que ha ocurrido algo que nos obliga a una detenida comprobación de reacciones.

Al otro lado debieron dar unas órdenes terminantes, por cuanto Betazeta contestó:

—Sí, está claro. Tiene usted razón, señor. Eso sería mucho peor. Inmediatamente daré las instrucciones necesarias para que sea enviado a la Tierra. ¡A sus órdenes!

Betazeta dejó el teléfono en la horquilla. En su rostro se adivinaba la preocupación.

—¿Qué ha sucedido, Betazeta? ¿Malas noticias?—preguntó el profesor.

—Hemos perdido diez hombres en una operación combinada a través de varios continentes.

—¿Se han cubierto los objetivos?

-—Sí, todos. Desde ese punto de vista la operación ha sido un éxito. Pero...

—¿Hay algo más, verdad?

—Cierto—exclamó Betazeta—. Y señalando el cuerpo del comandante Barton, prosiguió—: Lo peor es que los jefes del comandante han reclamado su presencia con toda urgencia.

—¿Entonces?

—Pentacuatro está impaciente esperándole en el punto H. Quiere que se encuentre allí antes de que se descubra su ausencia.

—Pero, las pruebas...

—¡Al diablo las pruebas! Hay que enviar ese cuerpo a la superficie con toda urgencia. Va en ello nuestra propia seguridad.

Y diciendo esto salió a disponer lo necesario para que el cuerpo del comandante Barton volviera lo más pronto posible a su punto de partida.

* * *

Cuando el general Donovan regresó a su casa, hacía mucho rato que los invitados habían abandonado el lugar de la fiesta.

Petula le estaba esperando impacientemente.

—¿Se han marchado todos, querida?—preguntó el general a su hija, cuando ésta salió a recibirle.

Ayudándole a quitarse el abrigo, le contestó:

—Sí, hace mucho rato que me han dejado sola.

—¿Cómo ha sido eso? Parecía que la gente lo estaba pasando bien...

—Sí, ha resultado una fiesta muy animada hasta que ocurrió la explosión. A partir de entonces...

—Comprendo. También a ti te ha alcanzado ese desgraciado suceso.

—Era natural—comentó la muchacha—. Han comenzado a llamar a los jefes y oficiales y en un momento esto se ha quedado sin hombres.

Y una fiesta sin hombres, no, es una fiesta.

—Entendido—concluyó el general—. Las mujeres se han marchado a sus casas, para desde allí molestar a sus maridos por teléfono para averiguar y cotillear sobre lo ocurrido.

Petula sonrió débilmente. Parecía preocupada y su mirada, como había ocurrido durante todo el día, estaba ensimismada en un pensamiento muy alejado de cuanto allí ocurría.

Mecánicamente preguntó a su padre:

—-¿Qué ha sido esa explosión?

—Han destruido una aeronave interplanetaria.

—¿Un sabotaje?

—Sí. Han matado al hombre que parece haber sido el autor.

—Eso parece muy serio, ¿verdad?—preguntó la joven, un poco más interesada.

—Sí, es bastante serio. La nave pertenece al proyecto en que trabaja Barton—aclaró el general. Y como recordando algo olvidado, agregó—: Por cierto que...

Petula le atajó, casi violentamente:

—No me hables de ese comandante Barton, papá.

—¿Cómo es eso? ¿Qué ha ocurrido?

—En todo el día no he recibido ni una noticia suya y menos una felicitación. Y me lo había prometido.

—Vamos, vamos, querida. Un ligero olvido cualquiera lo tiene.

—No es un pequeño olvido, papá. Tú no sabes nada porque era una sorpresa que te guardábamos.

—¿Qué es ello?—preguntó, interesado, el general.

—Hoy íbamos a formalizar nuestro compromiso ante ti y anunciarlo públicamente.

—¡Ah!

—Al marchar prometió que desde allí televisaría, tanto su felicitación, como su declaración

Y ya has visto el resultado.

—No sé qué quieres que te diga. Me extraña su proceder, ciertamente. Pero supongo que, cuando regrese, te dará las oportunas explicaciones.

—¿Tú crees que eso puede tener una explicación?

—Yo creo que sí.

En aquel momento llamaron a la puerta, Petula fue a abrir y a poco regresaba al saloncillo acompañada por el coronel Duncan.

Este se excusó por la visita un poco intempestiva.

—Perdone, señor, pero es que, ya camino de casa, he querido informarle de las últimas novedades. ¿He hecho mal, señor?

—En absoluto, Duncan—contestó el general Donovan, quien invitó a su subordinado—. Siéntese, coronel.

Y dirigiéndose a su hija, le sugirió:

—Querida Petula: ¿por qué no invitas al coronel? Hoy ha trabajado muy duro y no le vendrá mal una copa.

Petula preguntó a los dos hombres lo que querían tomar y preparó las bebidas. Las entregó, al tiempo que les decía:

—Tengo que hacer unas cositas. Espero me disculpen.

En cuanto se hubo alejado su hija, el general preguntó:

—Veamos, Duncan. ¿Qué le trae por aquí? ¿Alguna nueva catástrofe?

—Nada de eso, señor. Ya he localizado a Barton.

—¡Hombre, me gusta eso!

—Mejor dicho, he localizado a Johnson.

—¿Qué le pasa a Barton?

—Johnson me dijo que no estaba con él en aquel momento. Parece que se había ido a cazar hacía un rato.

«Esa partida de caza—pensó el general—debe ser muy importante para él, ya que le ha hecho olvidarse de otra cosa muy importante». Y en voz alta, preguntó:

—¿Le ha comunicado a Johnson lo ocurrido?

—No, señor. Le he dicho solamente que, por orden superior, debían emprender el regreso inmediatamente. ¿He hecho mal ?—preguntó el coronel a su vez.

—No. Esté tranquilo. Lo importante es que haya comprendido la urgencia de la llamada.

—Se ha hecho cargo de todo. Ha quedado en ir a buscarle rápidamente y me ha prometido que estará todo dispuesto para cuando llegue el reactor.

—¿Y el piloto?

—Ya ha salido para recogerlos.

—¿En ese caso?

—Mañana tendrá usted a Barton aquí, señor.

—Esa sí que es una buena noticia, Duncan. Bebamos por ella.

Los dos hombres levantaron sus vasos en un mudo brindis y apuraron su contenido. El coronel Duncan se puso en pie.

—¿Ya se marcha, coronel?

—Sí, señor. Los dos debemos descansar. Mañana nos espera un día de mucho trabajo, señor.

—Eso me temo, Duncan.

—¡Ah, señor, se me olvidaba! He vuelto a ver a Mc. Lane, ese soldado que disparó contra el saboteador.

—Sí, recuerdo.

—El pobre está muy abatido—prosiguió diciendo el coronel—. No creo conveniente hacerle volver al mismo servicio anterior. ¿Qué le parece si lo colocamos como ordenanza en alguna de sus dependencias? Parece que ante la presencia de usted y de Morgan ha estado más tranquilo.

—No me parece mala idea. La oficina de Barton va a tener ahora mucho trabajo. Envíelo.

—Gracias, señor. Mañana arreglaré ese traslado. ¡Buenas noches, general!

—¡Buenas noches, Duncan!

Cuando el general regresaba de despedir a su jefe de personal, Petula estaba en el salón recogiendo los vasos que habían utilizado los dos hombres. Su padre le sonrió cuando dijo:

—¿Quieres conocer una buena noticia?

—¿Qué es ello, papá?

—-Averigua mañana por la mañana a qué hora aterriza un avión que procede de Lilianville y ve a verle arribar. En ese aparato llega el comandante Roberto Barton.

—¡Oh, papá!—exclamó Petula Donovan arrojándose en los brazos de su padre.

CAPÍTULO VI

El avión turborreactor que regresaba de Lilianville se precisó en el horizonte. Su silueta fue agrandándose cada vez más y cuando pasó como una exhalación por encima del campo, sus contornos se precisaban con toda claridad.

Sobrevoló buscando la pista de aterrizaje y allá a lo lejos inició la curva para colocarse en situación. La maniobra salió perfecta y a los pocos minutos se posaba en tierra buscando la pista de descarga.

Los auxiliares del campo colocaron rápidamente la escala y a los pocos segundos descendían por ella sus dos únicos pasajeros: el comandante Barton y el capitán Johnson.

Ambos hombres se detuvieron unos instantes en la plataforma y contemplaron el campo de aviación, como queriendo reconocer todos y cada uno de los detalles que habían dejado atrás cuatro días antes.

—Todo está igual, ¿eh, Barton?

—Sí. Puede decirse que uno ya está en casa.

-—Ahora veremos por qué nos han llamado tan precipitadamente—dijo Johnson con acusada ironía.

La verdad es que ninguno de los dos hombres conocía el motivo de la rápida orden de su regreso.

Y para el capitán Johnson todo había sucedido a una velocidad de vértigo.

Johnson estaba esperando la hora señalada para recuperar el cuerpo inerme de Barton, cuando fue llamado al destacamento militar de Lilianville. Allí, por medio del fonovisor de larga distancia, tuvo una conversación con el coronel Duncan.

—Quisiera hablar con Barton, capitán Johnson. ¿No está con usted?—preguntó el coronel.

El capitán, rápido e imperturbable, mintió descaradamente:

—Lo siento, coronel Duncan. El comandante Barton no está conmigo. Salió a una partida de caza y no ha regresado todavía.

—¿Y cómo no ha ido usted, Johnson?—preguntó, intrigado el coronel.

Johnson maldijo mentalmente al entrometido coronel, pero repuso con toda tranquilidad.

—No me encontraba bien, señor. Por otra parte, el comandante Barton está en muy buena compañía.

—Pues lamento cortarles las vacaciones, pero por orden superior deben regresar inmediatamente a la Base.

—-¿Ocurre algo grave, señor?—preguntó John-son un poco

inquieto.

El coronel Duncan siguió hablando sin responder a la pregunta.

—Ya he dado orden para que se ponga en camino el mismo avión que les llevó. El piloto tiene instrucciones de recogerlos nada más tomen tierra y reemprender inmediatamente el vuelo.

—Pero, señor—se atrevió a decir Johnson—. Suponga que el comandante no regresa a tiempo, ¿qué hago yo?

—Búsquelo inmediatamente donde quiera que esté. Preparen sus cosas y esperen en el campo la llegada del turborreactor para no perder ni un solo instante. Le repito que son órdenes de la superioridad.

—Está bien, señor. Procuraré cumplirlas lo mejor que pueda.

Lleno de inquietud, Johnson, había comunicado con los suyos, precipitando la devolución de Barton.

Cuando éste emergió y fue izado a tierra, Johnson ya tenía preparados los equipajes. Hizo volver en sí al comandante y los dos se precipitaron al jeep que los tenía que conducir al aeropuerto de Lilianville.

Habían llegado a él unos minutos antes que el avión. Este despegó en cuanto hubo repostado de combustible y a estas horas, cuando sus pies se habían posado sobre el cemento de la Base, todavía seguían sin saber el motivo del retorno. Aunque, a decir verdad, Johnson estaba seguro de que todas sus preguntas a este respecto habían quedado sin respuesta de una forma deliberada.

Los dos hombres fueron descendiendo por la escalera, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos, totalmente ajenos a cuanto acontecía a su alrededor.

Así, no se apercibieron que al final de los escalones les esperaba una mujer.

Era Petula Donovan y el comandante Barton no se dio cuenta de su presencia hasta que tropezó con ella.

—¡Hola, querido! ¡Al fin has llegado!—exclamó la muchacha con una amplia sonrisa de bienvenida.

—¡Hola, Petula! Casi me has dado un buen susto—respondió Barton con cierta rigidez.

Johnson les contemplaba atentamente sin descender los últimos escalones. Petula no había reparado en él, lo que permitía al capitán observar con toda libertad los movimientos y reacciones de ambos, especialmente de Barton.

Aquella era la primera prueba emocional que debería sufrir tras su hibernización de corazón. ¿Qué tal respondería Barton a aquel tratamiento?

El comandante siguió contestando mecánicamente a las preguntas de la joven. Se le veía embarazado, un poco ausente y

hasta manifestaba una patente molestia por la inesperada presencia de la joven.

Ella notó su frialdad, pero la atribuyó al cansancio por el viaje, a lo imprevisto del regreso o a la presencia de Johnson. Para romper con aquella situación, saludó al capitán, intentando una conversación entre los tres.

—Perdone, Johnson, no le había visto. ¿Cómo está usted?

— Perfectamente, señorita Donovan, no se preocupe.

—¿Lo habéis pasado bien?—preguntó ésta, pluralizando.

Barton caminaba en silencio y no le contestó. Johnson intentó suavizar la tensión.

—Han sido unos días estupendos. Lástima que nos los hayan cortado tan bruscamente.

Habían llegado a la parte exterior del aeropuerto. El automóvil de Petula Donovan estaba aparcado frente a la puerta. Ella invitó a los dos hombres.

—Suban, les llevo hasta la Residencia de Oficiales.

—No te molestes...—comenzó a decir Barton, cuando fue interrumpido por la llegada de un soldado.

—¿Comandante Barton?

—Sí, yo soy.

—¡A sus órdenes, señor!—respondió el soldado—. Ahí enfrente tengo un automóvil. Es orden del general Donovan que le lleve al Hangar Norte B-6 directamente.

—¿Y el capitán Johnson?

—También debe ir con usted, señor.

—¡Vamos, pues!—y dirigiéndose a la muchacha, como quitándose un peso de encima, se disculpó—. Lo siento, Petula. Ya nos veremos.

—Está bien, querido. ¡Hasta pronto!

—¡Adiós, señorita Donovan!—despidióse Johnson.

—¡Hasta la vista, capitán!

La muchacha los vio partir sin que ninguno de los hombres se volviese a saludarla.

La sombra de una duda comenzaba a germinar en su cerebro. El comandante Barton parecía otro hombre.

* * *

—¡Qué barbaridad! ¡Esto es como un terremoto!—exclamó el capitán Johnson al entrar en el Hangar Norte B-6.

—Así es, señor, como un terremoto—contestó el teniente de la guardia que les había franqueado la puerta.

El comandante Barton no comentó nada, limitándose a

contemplar lo que tenía ante sí con una mirada un tanto impersonal.

Para, un profano en la materia aeronáutica interplanetaria quizá no le dijese mucho el amasijo de elementos destruidos que se veían en el interior del hangar. Pero para un experto en aeronavegación del espacio la cosa variaba totalmente.

Por todas partes veíanse estructuras metálicas totalmente retorcidas. Piezas de una dureza y rigidez a prueba de fricciones, aparecían irreconocibles. Aparatos de precisión, delicadas instalaciones electrónicas, ofrecíanse a la vista trituradas, despanzurradas, con sus piezas esparcidas por todo el suelo del hangar.

Una obra de titanes, el resultado de la alianza del talento, el dinero y la ilusión científica de dominar el espacio; todo ello había sido destruido como si una fuerza ciclópea la hubiese arrasado en un arranque de ira.

La contemplación de todo aquello hacía estremecer al hombre más frío y bien constituido. Por eso era más de extrañar la actitud observada por el comandante Barton desde que hizo su entrada en el Hangar Norte B-6.

—¿Es horrible, verdad?—preguntó Johnson, tanteando la reacción de su amigo.

—¿Tú crees?—contestó Barton fríamente—. Está todo panza arriba, pero ¿qué le vamos a hacer?

El teniente de la guardia que les acompañaba en su recorrido de inspección, miró un poco asombrado a su superior. Recordaba que Barton era uno de los autores de aquella aeronave y le insinuó:

—Para usted debe ser un golpe terrible, ¿no es cierto?

—Para mí—respondió Barton—. No sé lo que esto significa para mí, ésa es la verdad.

Johnson adivinó el peligro que se cernía sobre su amigo y sobre él mismo si seguía en aquella actitud y trató de sacar a Barton del atolladero mental en que se hallaba metido.

—Comprenda, teniente. El comandante no se ha repuesto todavía de la impresión. No nos habían adelantado ninguna noticia sobre esto.

—Comprendo. El choque ha debido ser brutal.

Y dirigiéndose a Barton, Johnson le sacudió levemente el brazo, como si intentase despertarle de un sueño. Con palabras suaves, penetrantes, le fue diciendo:

—Debes reponerte, amigo mío, Esto supone un gran golpe para ti, es cierto. Pero hay que pensar en poner un poco de orden en todo esto, ver lo que se puede aprovechar, ponernos a trabajar inmediatamente...

Barton iba reanimándose lentamente, conforme escuchaba las palabras de Johnson. Este siguió hablándole en un tono sugerente, estimulante.

El teniente asistía a todo aquello guardando un silencio reverente, como si se tratase de hombres que emplearan unas fórmulas mágicas extrañas a él.

La situación quedó rota con las voces de órdenes que se oyeron a la puerta del hangar.

—¡Atención! ¡For... men!

—¡Teniente de guardia! ¡El general Donovan!—anunció un sargento al lado de la puerta.

Y mientras el teniente avanzaba al encuentro del general, Barton y Johnson quedaban en posición de firmes esperando que aquél llegase hasta ellos.

—A sus órdenes, señor—exclamaron casi a un tiempo los dos hombres.

—Descansen—ordenó el general Donovan, Y alargando la mano saludó-—: ¿Qué tal, Barton? ¡Johnson! ¿Cómo ha ido ese breve descanso?

—Muy bien, señor.

—Con un final desastroso, ¿no es cierto?—y sin esperar respuesta, el general prosiguió—: ¿Qué les ha parecido todo esto?

Al oír la pregunta, directamente dirigida a Barton, el capitán Johnson miró furtivamente a su amigo, temiendo una extraña reacción por su parte.

Pero el comandante ya se había repuesto de su anterior apatía y respondió con vehemencia:

—Es un auténtico desastre, señor. ¿Cómo ha ocurrido?

—Un sabotaje.

—¿Un sabotaje?—exclamaron a un tiempo Barton y Johnson,

El comandante preguntó de nuevo:

—¿Y quién ha podido hacer una cosa semejante?

—No sabemos todavía si se trata de la obra de un loco; un monomaniaco con instintos destructores o un exaltado pacifista que ve en nuestros experimentos, un peligro para la humanidad —mintió el general.

Barton le escuchó atentamente, sin pestañear. Johnson procuró permanecer tranquilo, pero por sus ojos bailoteaba un destello de regocijo e ironía.

—Pero, en fin—siguió diciendo el general—, eso no es cosa nuestra. Ya se encargará el Servició de inteligencia de averiguar lo ocurrido y obrar en consecuencia.

—Opino como usted, señor—repuso Barton—-, y creo que lo mejor es no dejarse abatir por estos contratiempos. Tenemos

muchos proyectos y trabajos por delante.

—Eso mismo. Y celebro mucho, Barton, verle en esta disposición de ánimo, porque necesito de usted.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Les he citado aquí, para que vieran esto. Y para que a su vista, sin asustarse por lo perdido, comenzaran de nuevo.

—¿No se abandona el proyecto?—se atrevió a preguntar el capitán Johnson.

—No, ni mucho menos. La operación «Hot-Dog» prosigue. Afortunadamente, los planos, cálculos y demás proyectos del BA2-4 han sido salvados.

—Eso es magnífico, señor—dijo Barton.

—Ciertamente, Por tanto, la fabricación de otra aeronave igual a ésta, es cuestión de tiempo. Mientras tanto se puede proseguir en las tareas siguientes de la operación.

—¿Y cuándo desea usted que comencemos?

—Inmediatamente, Barton. Ya sé que usted lo tenía todo preparado para comenzar en cuanto regresase. Bien, ya está aquí. ¡Manos a la obra!

—General Donovan, creo que tiene usted razón. Debemos comenzar enseguida. ¿Alguna cosa más?

—Nada, Barton. Supongo que nos veremos esta noche. Ya seguiremos hablando de esto. ¡Bienvenidos, señores!

Los militares se cuadraron ante su superior en un marcial saludo y salieron del hangar.

En la puerta del hangar se cruzaron con el coronel Foster, pero Johnson sintió en su espalda el trallazo de un escalofrío, que se acentuó al oír, ya lejanas, las primeras palabras del jefe del Servicio de Inteligencia.

—Le traigo nuevas noticias, señor.

—¿Buenas o malas, Foster?

—Más malas que buenas, desgraciadamente.

Pero las últimas palabras ya no llegaron a los oídos del capitán Johnson.

—Le he buscado en su despacho—prosiguió diciendo Foster—y allí me han indicado que le encontraría aquí con Barton.

El general preguntó:

—¿Qué noticias nuevas eran ésas?

—Hemos averiguado que también los orientales han sufrido un percance similar al nuestro.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Poco más o menos al mismo tiempo que destrozaban esta aeronave. Ellos han perdido una nave similar.

—¿Y han logrado detener al culpable? ¿Han averiguado más que

nosotros?

—Nada de eso. No sé muchos detalles más, porque lo he sabido por un informe muy breve que ha llegado hace una hora. Pero, en lo ocurrido allí, hay una cosa de suma importancia.

—¿Cuál es?

—Parece ser que en el andamio de montaje de la aeronave descubrieron a uno de los técnicos realizando una maniobra sospechosa. Le dieron el alto v para escapar fue subiendo hacia la parte alta de la estructura metálica. Cuando llegó a lo más alto y ante la persecución de que era objeto, se lanzó al espació, estrellándose contra el suelo.

—¿Otro suicidio?

—Sí.. señor. AI cabo de unos segundos, tal y como ocurrió con nuestra BA2-34, la aeronave oriental volaba por los aires.

—Desde luego—observó el general—ya son demasiadas coincidencias.

—Así es. Al enterarme de ello he enviado un amplio informe de lo ocurrido aquí al Servicio Secreto oriental pidiendo que a su vez, me amplíen su informe.

—¿Habrán ocurrido actos similares en otros continentes, coronel?

—Ya he pensado en eso y he enviado un breve informe nuestro, con el ruego de que nos den su opinión sobre este suceso y nos informen si tienen conocimiento de algo igual.

—¿Cree usted, Foster, que esto pueda extenderse a toda la tierra?

—Señor, me hace usted una pregunta muy difícil de contestar. Ahora bien, en este sentido deseo someter a su consideración una propuesta que he recibido no hace más de quince minutos.

—¿Una propuesta de quién?

—Se trata del Servicio Secreto Oriental.

—¡Hum...! ¿Qué dicen?

—Ante la semejanza entre los sabotajes en ambos continentes, proponen que celebremos aquí una reunión de jefes de contraespionaje.

—¿Qué objeto y alcance tendría esa reunión?

—Intercambiar información y si lo creíamos conveniente, coordinar una acción conjunta contra el enemigo.

—Pero, ¿esos señores tienen alguna idea de quién puede ser el enemigo?

—No. Ni nosotros tampoco. Por eso no me parece mal un intercambio de ideas y hasta de trabajos.

—¿Cree usted de verás que eso sería eficaz?

—Absolutamente. Es más, se podría invitar al resto de

continentes. La labor entre todos haría más efectivos los trabajos y las investigaciones.

—Coronel Foster, contésteme a una pregunta: ¿me oculta usted alguna cosa sobre este asunto?

—Le doy mi palabra, señor, que no le oculto nada de lo que ocurre.

-—Entonces, ¿a qué viene el querer extender las investigaciones a todo el mundo?

—Lo estimo una medida de sana precaución, señor.

—¿Por qué? Dígame, Foster, ¿qué sospecha usted?

—Como mis colegas orientales, me deshago en conjeturas a cada cuál más fantástica. Si le dijese a usted alguna de ellas no la tomaría en serio.

—Entonces, ¿qué debo entender de todo esto?

—Creo que nos encontramos ante algo insospechado. No sé decirle más, porque quizá todo no sea más que intuiciones. Pero, de una cosa estoy cierto: necesitamos ayuda de todos.

Calló el coronel Foster, porque en realidad poco más podía añadir. El general Donovan permaneció en silencio contemplando la destrozada aeronave espacial.

—¿Sabe usted, Foster—dijo lentamente—, que una decisión así no la puedo tomar yo solo? ¿Y sabe usted que no es fácil pedir esto a la superioridad?

—Me hago cargo de todo, señor.

—Si solicito permiso para esa reunión, tendré que hacerlo indicando que es bajo mi total y absoluta responsabilidad, de otra forma no me lo concederán. ¿Se da usted cuenta?

—Totalmente, señor.

—Siendo así, ¿desea todavía celebrar esa reunión?

—Sí, señor.

—Conforme, Foster. Voy a hablar con el Estado Mayor Combinado. Le tendré al corriente sobre lo que sepa.

—Muchas gracias, señor.

Los dos militares se estrecharon las manos en silencio y ambos se separaron embebidos en un mismo pensamiento.

Habían transcurrido unas tres horas desde la conversación anterior cuando repiqueteó el teléfono del coronel Foster.

—¡Halo, Foster!—oyó en la voz del general.

—Soy yo, señor. ¡A sus órdenes!

El coronel Foster estuvo escuchando atentamente cuanto le decía su superior. Conforme iba oyendo, su semblante se iba tornando más concentrado. Al final, pudo apenas decir:

—Muchas gracias, señor. Procuraremos salir con bien de esto.

Colgó el teléfono y dando un hondo suspiro, pulsó una clavija de

su dictáfono. Cuando oyó la voz pidiendo órdenes el coronel Foster dictó al aparato:

—Pongan en marcha el «Plan Conciliábulo». La primera reunión debe celebrarse mañana al mediodía, en esta misma base. ¡Manos a la obra!

CAPÍTULO VII

A la mañana siguiente el comandante Barton llegó un poco tarde a su centro de trabajo.

El capitán Johnson ya se encontraba en su puesto. Y a su alrededor se movían diligentemente, preparando papeles y expedientes, cuatro auxiliares femeninos que entraban y salían con frecuencia por una pequeña puerta situada al fondo del despacho.

La entrada del comandante fue saludada con muestras de alegre y cariñosa deferencia. Pero, apenas se había sentado ante su mesa, una de las mujeres, la mayor de ellas, que lucía los galones de cabo del W. A. C., se acercó con una carpeta llena de documentos.

—Con permiso, señor. Aquí tiene una serie de escritos que debe firmar. Son demandas de información sobre varios aspectos de la BA 2-84.

—¿Para qué queremos información sobre esa aeronave, señorita Carroll? Tenía entendido que no se había perdido ningún plano, ni proyecto.

—Así es, señor. Pero parece ser que sé quiere mejorar esa aeronave cuando se construya de nuevo. Esa información se refiere a nuevas ideas sobre la misma, que obran actualmente en poder del Pentágono.

—Eso es diferente. Traiga, lo firmaré en seguida.

El capitán Johnson, sentado ante su mesa, hacía como si revisase unos papeles, aunque no perdía ni una sola palabra de cuanto hablaban el cabo femenino y su jefe.

Cuando éste hubo firmado los documentos, la señorita Carroll informó:

—Quedan algunas cosas por revisar, pero como creo que tendrá muchas ganas de entrar ahí al lado, las podemos ver más tarde si gusta.

—Es usted un ángel, señorita Carroll—lisonjeó Barton, al tiempo que se levantaba de su asiento.

—Un momento todavía, señor. Ha llamado dos veces la señorita Donovan.

—¿Petula Donovan? ¿No ha dicho qué quería?

-—No, señor. Pero me ha rogado le dijese que esperaba que usted la llamase cuando llegara.

Johnson se había acercado a la mesa del comandante para acompañar a éste cuando saliese del despacho y no perdió de vista a su amigo.

Roberto Barton quedó un momento indeciso, como sosteniendo

una lucha interior y más que decir, balbuceó:

—No, no voy a poder telefonearla. Tengo mucho trabajo—y dirigiéndose al capitán, invitó—: ¿Vamos, Johnson?

La señorita Carroll contempló extrañada al comandante Barton. ¿Qué pasaba allí? Era todo aquello muy raro. ¿Habrían peleado el comandante y la hija del general?

Johnson advirtió el desconcierto de la mujer y terció rápido.

—¿Por qué no llamas? Es sólo un minuto.

—No, no tengo tiempo. Luego si acaso.

—Eso está ya mejor-—contestó Johnson y dirigiéndose a la señorita Carroll, le dijo—: Todo se arreglará, señorita. Más tarde llamará.

Y al decir esto le hacía un guiño de complicidad.

Los dos hombres se dirigieron a la puertecilla del fondo. Al cruzar el umbral, lejos de los oídos de los auxiliares femeninos, preguntó Johnson.

—¿ Por qué no ha querido hablar con Petula ?

—No sé qué me ocurre, pero el caso es que no tengo el menor interés en hablar con esa muchacha. Es muy extraño, pero es así.

Johnson, a espaldas de Barton sonrió enigmáticamente.

La amplia nave a la que pasaron el comandante Barton y el capitán Johnson era como una laboriosa colmena. En un silencio casi absoluto, roto únicamente por el zumbido de los pequeños motores, trabajaban unos cincuenta hombres en las más variadas tareas.

Era allí donde se realizaban los cálculos sobre resistencias y capacidades, ayudados por los contadores electrónicos. En grandes tableros de dibujo se trazaban las líneas y los esquemas de nuevas piezas. Más allá eran fabricados en pequeñas maquetas, fragmentos de aeronaves, cohetes y aparatos que más tarde formarían parte de los gigantes interplanetarios.

La llegada del comandante fue saludada con un murmullo de expectación. Algunos técnicos, los más cercanos a la entrada se pusieron en pie. Otros habían suspendido sus tareas.

El comandante detuvo a todos con un gesto, a la vez que les decía en voz alta.

—Estoy muy contento, señores, de estar nuevamente con ustedes. Nos espera una tarea muy dura, pues hemos de poner en marcha nuevamente lo que creíamos ya superado. Confío en todos y espero que trabajaremos de firme, como siempre. ¿No es cierto? ¡Pues entonces, vamos allá!

Y con un ademán de saludo dirigido a todos, el comandante Barton acabó su breve alocución.

Lentamente, vigilando con atención todo cuanto se desarrollaba

a su alrededor, fue inspeccionando todos los trabajos. Aquí era interrogado sobre una delicada cuestión. Más adelante hacía rectificar un cálculo, o trabajaba en el trazado de un nuevo esquema.

Así fueron pasando las horas. En aquel centro se trabajaba de firme y Roberto Barton más que nadie. Así, al menos lo pensaba el soldado Mc. Lane, recién destinado al servicio del comandante y que contemplaba a éste como si se tratase de un ser legendario, fabuloso.

Con tanta atención seguía todos sus movimientos, que pudo sorprender una cosa que pasó desapercibida a todos cuantos rodeaban al técnico.

Barton se encontraba ante una maqueta que reproducía un dispositivo de disparo automático para obuses de gran calibre. Era una novedad defensiva a introducir en la nueva BA 2-34.

El técnico que trabajaba en la maqueta, señalando al pequeño artefacto, comentó:

—Con esto, señor, nuestros enemigos de otros planetas serán destruidos con más facilidad. La potencia de estos obuses es diez veces superior a su anterior versión.

Barton oyó aquellas palabras en silencio. Su cuerpo quedó rígido y sus ojos se extraviaron, mirando sin ver, en la lejanía. Su aspecto era el de alguien que está escuchando una voz interior.

Mc Lane sorprendió aquella mirada y quedó mudo de asombro. ¿Dónde había visto él aquellos ojos?

En aquel momento, Barton habló al técnico con voz inexpresiva.

—Suspenda este trabajo. Es mucho más urgente el de las escotillas de emergencia. Dedíquese pues, a él.

Y sin esperar la respuesta de aquel subordinado, siguió la inspección.

El soldado Mc Lane recordó de pronto:

—¡No!—-pensó y dijo para sí mismo—. ¡Es imposible! ¡Pero juraría que es la misma mirada!

En los ojos del comandante Barton había sorprendido la mirada que viera en el hombre que destruyó el BA 2-34 y al que el propio Mc Lane había abatido con los disparos de su metralleta.

Al final de la jomada de trabajo del mediodía, en unión de Johnson, Barton se dirigió a la salida para almorzar en el Club de Oficiales.

Frente al edificio vio aparcado el automóvil descapotable de Petula Donovan. La joven estaba sentada al volante y en cuanto vio a Roberto Barton le hizo una seña con la mano.

Johnson notó la indecisión de su amigo y quiso precipitar las cosas.

—Nos veremos luego en el Club, Barton—y marchó rápidamente calle abajo.

Barton no tuvo más remedio que cruzar la calzada. Se acercó al automóvil y permaneció al lado donde estaba sentada Petula.

—Sube, Roberto—invitó la muchacha con una sonrisa, añadiendo—: Vamos a almorzar juntos al Club de Enfermeras. Sirven un plato de quesos delicioso.

—No gracias, prefiero ir a mi club.

—Pero...—la joven se había quedado sin habla ante el ex abrupto del comandante.

—Perdona—suavizó él—, es que deseo hablar con Johnson de varias cosas. Ya sabes lo que ha ocurrido. Tenemos un trabajo abrumador y hay que aprovechar todo el tiempo posible en asuntos del proyecto.

—Comprendo. Sube, pues. Te llevaré al club.

—Déjalo, no te molestes. Es mejor que vaya a pie.

La muchacha se quedó un tanto perpleja. Había observado al joven desde su llegada a la base el día anterior y cada vez le notaba más extraño. Lo veía como ausente y ante su presencia comportábase de una forma más rara todavía. Diríase que no sólo rehuía su presencia, sino que hasta le molestaba el estar junto a ella.

No obstante, todavía se atrevió a sugerir:

—¿Nos veremos a la noche?

—No lo sé, Petula.

La muchacha estalló de pronto:

—¿No crees que te estás comportando de un modo muy extraño, Roberto ?

—¿Por qué dices eso?

—¿Cómo que por qué digo esto? Escúchame bien. Hace cinco días que marchaste de vacaciones. La noche anterior, ¿lo recuerdas? me prometiste felicitarme en el día de mi cumpleaños...

—Sí, tienes razón. Me parece recordar que pensaba hacerlo, pero ocurrió algo, surgió algún contratiempo que lo impidió—alegó él de una forma imprecisa.

—¿Qué quieres decir con eso de que ocurrió algo? ¿Qué ocurrió?

—Ahí está, que no lo sé bien. No lo recuerdo...

—Bueno, dejemos eso. Pero, desde que descendiste ayer del avión, que no haces más que esquivarme. ¿Por qué lo haces? ¿Tampoco lo sabes?

Barton quedó confuso. Contempló a la joven unos instantes, pero no pudo ver en sus ojos la súplica que envolvía su mirada. No pudo ver nada, porque Roberto Barton no veía nada.

Como respondiendo a un impulso interior que le arrancase de

allí, el comandante se despidió con estas palabras:

—Ya seguiremos hablando en otra ocasión, Petula. Me está esperando Johnson. ¡Adiós!

Y antes de que ella pudiese responder, se alejó de allí apresuradamente.

Petula le vio marchar y su mirada le siguió hasta que las lágrimas le impidieron toda visión.

—Puedo hacer algo por usted, señorita Donovan—-preguntó una voz a su lado.

Ella se secó apresuradamente los ojos y vio a un soldado que la miraba con una expresión solícita.

—¡Oh! ¿Quién es usted? ¿.Qué quiere?

—Me llamo Mc Lane, señorita y soy...

—Sí, ya recuerdo quién es usted, pero...-—atajó, Petula.

—Perdone mi atrevimiento, pero es que he presenciado lo ocurrido entre usted y el comandante Barton. Hasta he escuchado un poco.

—No tiene usted derecho...—comenzó a protestar la joven, cada vez más sorprendida ante la osadía de aquel muchacho.

—No, señorita Donovan, no es lo que usted cree. Nada más lejos de mi intención que el molestar a ustedes. Todo lo contrario. Lo que deseo es ayudarles en lo que pueda.

—¿Y cómo sabe usted que preciso ayuda?

—No sé si usted la necesita, pero el comandante Barton quizá la precise.

—¿Qué quiere usted decir? Explíquese claramente.

—Verá usted. ¿No ha notado algo raro en el comandante hace un momento?

—Sí, algo he notado, pero es una cosa que queda entre nosotros dos.

—No me refiero a lo que han hablado, sino a la forma de mirar y de actuar del comandante.

—¿Qué tenía su mirada?

—Esa mirada ya se la he sorprendido otra vez esta mañana en la sala de trabajo.

Mc Lane explicó a la joven lo que había presenciado unas horas antes y añadió:

—Y esa misma mirada la he vuelto a sorprender cuando se despedía de usted.

Petula Donovan quedó anonadada por aquella información. A primera vista no podía relacionar una cosa con otra. Ni ella, ni nadie.

Pero algo extraño intuyó en todo aquello que la hizo preguntar:

—¿Ha dicho o comentado con alguien lo que me acaba de

revelar a mí ?

—No, señorita Donovan. Se lo puedo jurar. Pensaba comunicárselo a su padre. Él se ha portado muy bien conmigo y creo que sería el único que me comprendería.

—Muy bien, yo se lo diré a mi padre. Manténgase en contacto conmigo e infórmeme si descubre algo nuevo. Y sobre todo no repita ni una sola palabra de esto a nadie. Mi padre ya nos dirá lo que debemos hacer. ¿De acuerdo?

—Como usted diga, señorita. Esperaré sus órdenes.

Petula se despidió de Mc Lane y puso el coche en marcha. En su deseo de llegar rápidamente ante su padre, pisó a fondo el acelerador. La preocupación señalaba unas débiles arrugas en su frente, pero en medio de toda aquella confusión, su corazón se estremecía en un latido de esperanza.

La reunión de los jefes del Servicio Secreto o de Inteligencia, se celebró en uno de los salones de la denominada «Casa Azul».

Habían acudido representantes de los cuatro grandes bloques y cada delegación estaba compuesta por un responsable y dos auxiliares. Se entendía que de esta forma, con grupos reducidos, el trabajo sería mucho más práctico y efectivo.

El responsable de cada delegación era, en todos los casos, el jefe del Servicio Secreto de la principal base aeroespacial de cada continente. Y precisamente en cada una de estas bases había ocurrido algún sabotaje similar al acaecido en la «Base A» del Continente Americano.

Todos los reunidos eran, pues, hombres de una reconocida experiencia en las actividades de investigación y represión del espionaje y sabotaje. Todos, asimismo, conocían en su propia carne el azote que, desde hacía unos días, estaba padeciendo todo el mundo terrestre.

En este sentido se manifestaba el coronel Foster en uno de los primeros cambios de impresiones.

—Uno de los trabajos de esta reunión debe ser el cotejar las experiencias conocidas en cada uno de nuestros continentes y a la luz de su resultado, comprobar si todos los sabotajes proceden de un mismo enemigo.

—Por lo que respecta a mi país—explicó Yan Fu San, delegado del bloque oriental—, y como ya manifesté a mi ilustre colega el coronel Foster, las coincidencias entre los sabotajes sufridos por ambas potencias son tan manifiestas que me atrevo a asegurar que provienen del mismo origen.

En ese momento, Erick Petersen, el delegado europeo, hizo una seña para hablar.

—Si me permiten, señores, sugeriría lo siguiente: aunque

conocemos sucintamente los hechos acaecidos en cada una de las bases de nuestros amigos, creo que sería muy interesante el que cada uno de los presentes expusiera de nuevo y de una forma concreta, pero detallada, esos mismos hechos.

La idea de Petersen fue acogida con vivas muestras de agrado, por lo que éste concluyó:

—Creo sinceramente que esta forma de trabajo nos proporcionará el resultado práctico que buscamos.

Así se hizo.

Cada delegado fue haciendo detallada historia de cada uno de los sabotajes sufridos. Algunos de ellos estudiados con tal meticulosidad de detalles que acreditaba, no sólo la pericia investigadora de sus autores, sino también la importancia que para ellos tenían los misteriosos hechos.

Al cabo de un par de horas de conversaciones se había llegado a algunas conclusiones positivas.

El coronel Foster que, como anfitrión hacía de presidente en aquella reunión, hizo un resumen de lo allí expuesto.

—Tras de lo que aquí hemos conocido con todo detalle, hay tres elementos que se precisan con toda claridad.

Foster hizo una pequeña pausa para ordenar sus ideas y prosiguió:

—En todos los sabotajes se ha utilizado idéntico explosivo: T. N. T. sintético, fabricado en forma de finas láminas, iguales a hojas de papel de escribir. Lo han utilizado de varios colores; tantos como presentaban los objetivos a destruir.

Y estos objetivos se han dividido en hombres, aeronaves, edificios o maquinaria. ¿No es así?

—Cierto. Y todos los objetivos enunciados estaban dedicados a un mismo trabajo: estudios o construcción de naves espaciales— corroboró Yan Fu San.

—Gracias—manifestó Foster, siguiendo en el uso de la palabra —. Otra coincidencia es el afán de auto eliminarse, de ser destruido, que manifiestan todos los saboteadores. Diríase que no quieren dejar ningún rastro, ni ser sometidos a ninguna clase de interrogatorio.

El coronel Foster esperó unos segundos a que su pequeño auditorio diera muestras de aprobación, para seguir.

—Y por último, lo más importante, lo que acusa un mayor misterio. Todos los saboteadores muestran el mismo aspecto físico: ojos extraviados, mirada perdida y una actitud semejante a la de una persona que está escuchando una voz interior...

Y poniendo un marcado tono misterioso a sus palabras, concluyó:

—...o la llamada de algún lugar lejano de la tierra.

Todos los presentes aprobaron con signos de asentimiento las palabras del coronel Foster.

Bonkoya, el delegado africano, hizo una seña indicando que quería hablar y cuando se restableció el silencio, expuso:

—Sé que puede parecer muy capciosa esta pregunta, pero, no obstante, voy a formularla: ¿Conocen ustedes a qué estaban destinadas las aeronaves destruidas, o los trabajos saboteados? ¿Cuál era su objetivo definitivo? ¿Pueden contestarme a esto?

Un silencio abrumador siguió a las preguntas de Bonkoya. Todos y cada uno de los presentes, había estado esperando aquella pregunta durante toda la reunión. Y ninguno de todos conocía la respuesta y aun cuando la hubiesen conocido, quizá no la hubieran confesado.

Porque el destino final de cada uno de aquellos experimentos era un secreto celosamente guardado por todos los gobiernos.

—Yo sé, queridos colegas, lo difícil que es contestar a esto. Yo mismo—prosiguió diciendo Bonkoya—, no conozco la respuesta, Y creo que ninguno de ustedes la conoce. Por eso mismo yo pregunto: ¿No sería conveniente conocer esto para proseguir nuestro trabajo?

Esperó unos instantes la reacción de los demás. Todos permanecían callados, pensando en silencio.

Bonkoya concluyó:

—Yo estimo que hasta que no sepamos el fin que nuestros gobiernos piensan dar a estos trabajos, no podremos saber a qué obedecen y quién provoca estas destrucciones. Nada más.

CAPÍTULO VIII

El coronel Foster fue pasado inmediatamente a presencia del general Donovan.

La segunda reunión de trabajo de los responsables del Servicio Secreto iba a tener lugar media hora más tarde y Foster había creído conveniente entrevistarse antes con su superior y darle cuenta de la marcha de las investigaciones.

—Adelante, Foster, tome asiento—fue el cordial saludo que le dirigió el general—. ¿Qué novedades hay?

—Pocas más que usted no sepa, señor.

—¿Cómo van esas reuniones?

—Bien. Estoy satisfecho de ellas. Aunque ya sabíamos algo de lo ocurrido en otros continentes, el conocerlo detalladamente nos permite una mejor idea de conjunto.

—Entonces, ¿se hacen progresos?

—Me agradaría que juzgase por usted mismo, señor.

Y Foster fue exponiendo ante su superior lo más sobresaliente de lo tratado en las reuniones del Servicio Secreto, haciendo hincapié en las conclusiones a que se había llegado, especialmente en las coincidencias de objetivos, explosivos empleados y lo que más llamaba la atención de todos aquellos sabotajes: el comportamiento de los saboteadores.

Al llegar aquí, el general anunció a Foster:

—No sé lo que valdrá para usted esta información, pero debo comunicársela.

Y puso en conocimiento del jefe del Servicio Secreto lo que el soldado Mc Lane había relatado a su hija, sobre el comportamiento del comandante Barton.

El coronel Foster quedó unos minutos silencioso, pensando:

Lo que le comunicaba su superior era muy importante. De confirmarse, aquello podía constituir un magnífico punto de partida para averiguar la verdad.

De pronto, vino algo a su memoria.

—Creo recordar, señor, que Barton y su hija tenían una buena amistad, ¿verdad?

—No quiero que eso entorpezca para nada sus investigaciones—repuso el general.

—No, señor, no lo decía por eso. Se lo preguntaba por conocer el estado actual de sus relaciones.

—Ya comprenderá usted que no estoy al corriente de sus cosas, coronel, pero creo que están un poco frías. Al menos desde que

regresó Barton de su corto permiso.

—Lo que me dice, señor, es muy interesante. Si me lo permite me agradaría charlar unos momentos con su hija.

—Cuando quiera, coronel.

—Esta noche pasaré a verles. Pero, por favor, no alarme mucho a la muchacha. Será una conversación de rutina.

Quedaron de acuerdo los dos hombres y antes de marcharse, Foster anunció:

—He llamado al hangar Norte B-6 a Barton,

Johnson y el soldado Mc Lane. Los comisionados del Servicio Secreto vamos a visitar lo que queda de la aeronave BA2-34 y deseo que estén presentes los tres.

.—Me parece muy bien, Foster.

Y como viera que el coronel mostrara cierta reserva para continuar hablando, le animó:

—¿Quería decirme algo más?

—Verá, señor. En la última reunión, el delegado indo-africano, preguntó si conocíamos el destino de la BA2-34 y de todo lo relacionado con la operación «Hot-Dog».

—¿Cómo? ¿A santo de qué preguntaba una cosa así?

—No sólo nos lo preguntaba a nosotros, sino a todos los presentes, incluso a él mismo. Según él, el conocimiento de esto ayudaría mucho a descubrir la identidad de los agresores.

—Pero eso no podrá ser, coronel. Usted sabe que todo esto es «top secret». El Pentágono nunca accedería a una cosa así.

—¿Y si todos los demás lo comunicaran?

—En ese caso... ¿Cree usted conveniente que haga una consulta en este sentido, coronel?

—Sí, señor. La juzgo muy oportuna. Cuanto menos creo que usted debe conocer ese secreto para poder utilizarlo en el momento necesario.

—Está bien, Foster. Lo intentaré.

* * *

En la sala de proyectos espaciales, el comandante Barton estaba realizando unos cálculos de una alta precisión. De la exactitud de los mismos dependía la seguridad de una importante fase de suspensión de la nueva BA2-34.

Cuando el proceso matemático alcanzaba su parte más intrincada, Barton sufrió una súbita detención. Fue un fragmento de segundo, pero suficiente para ver cómo sus ojos se extraviaban y se alertaban sus sentidos, como esperando una llamada o un mensaje.

Pasado ese breve instante, todo había concluido. El comandante

prosiguió imperturbable, sus cálculos, pero éstos partían ya de una base falsa, de un error que había sido deslizado por el propio Barton, sin que él tuviera consciencia de lo que había hecho.

Los neo-hombres proseguían su obra destructora.

A los pocos minutos de este suceso, la señorita Carroll vino en busca del comandante Barton. Este era requerido al teléfono por el coronel Foster.

—¡Hola, Barton!—saludó la voz de Foster al otro extremo del hilo—. Le llamo en nombre del general Donovan. Tenemos entre nosotros a una comisión de técnicos en explosivos, llegados de varios continentes. Tienen interés en visitar el hangar Norte B-6 y ver los restos de la BA2-34.

—Me parece muy bien, señor. Inmediatamente daré instrucciones para que se les facilite el acceso al hangar.

—¡Magnífico, Barton! ¡Ah, se me olvidaba! El general me insistió en la conveniencia de que viera usted a estos técnicos. Que le acompañen el capitán Johnson y Mc Lane. Este último puede serles de alguna utilidad.

—Está bien, señor. Estoy haciendo las últimas operaciones de unos cálculos. En cuanto los acabe, me reuniré con ustedes y llevaré conmigo a Johnson y Mc Lane.

Tras despedirse del coronel Foster, Barton llamó a la señorita Carroll.

—Tenga la bondad de avisar al capitán Johnson y al soldado Mc Lane. Que se reúnan conmigo dentro de media hora en este despacho. Son ahora las diez y media; avíseme cuando sean las once.

A los pocos minutos se encontraba enfrascado en sus operaciones matemáticas. Y las interrumpió con un verdadero esfuerzo, cuando le avisó la señorita Carroll.

—Es la hora, señor.

Barton pasó por el despacho a recoger a su ayudante y a Mc Lane.

Johnson le preguntó:

—¿Dónde diablos vamos, comandante?

—Al hangar Norte B-6. Parece que hay una comisión de fisgones internacionales que quieren husmear por allí y hacernos unas preguntas.

Y tras decir esto, se despidió de sus auxiliares femeninos y salió de la estancia.

Mc Lane, respetuosamente, esperó a que pasara delante el capitán Johnson y entonces fue cuando vio una cosa sorprendente.

Johnson permanecía de pie, estático, con la mirada extraviada y en la actitud característica del que está esperando un mensaje

exterior.

Mc Lane se estremeció. ¿Qué pasaba allí? ¿Es que todos los que le rodeaban padecían el mismo mal que el saboteador que él había abatido?

Esta impresión le perseguía cuando salió detrás del capitán Johnson, una vez hubo éste recuperado su aspecto normal.

Cuando llegaron al hangar B-6, hacía un buen rato que se encontraban en él los agentes del Servicio Secreto. El coronel Foster hizo las presentaciones de rigor y quedó sorprendido cuando Yan Fu San, el delegado oriental, saludaba con cierta efusión a Johnson.

—¡Hola, capitán! Hacía mucho tiempo que no tenía el placer de saludarle. Celebro mucho el verle.

—Mucho gusto, señor—respondió fría y evasivamente Johnson.

Se notaba claramente que no le había agradado aquel encuentro.

—El comandante Barton—explicó Foster—es el cerebro de todo este magno proyecto. Pueden preguntarle lo que crean conveniente.

—En verdad que poco podré decirles en relación con la explosión—aclaró el aludido—. No sé si les habrán informado de que yo no me encontraba en la base.

—No lo sabía—respondió el oriental—. ¿Y dónde se encontraba, si no es molesta mi curiosidad?

Estaba disfrutando de un permiso. Me encontraba descansando en Cocoana, una playa cercana a Lilianville, en el África Central Atlántica.

Bonkoya, el agente secreto africano, preguntó con una amplia sonrisa:

—¿Le gustó mi país, comandante Barton?

—Sí, mucho. Hemos pasado unos días muy agradables.

—¿Ha permanecido mucho tiempo?

—Eso es lo malo, que sólo han sido tres días.

El coronel Foster quedó sorprendido por aquella contestación y preguntó:

—¿Tres días, Barton? Yo tenía entendido que habían sido cuatro.

—No, coronel. Sólo fueron tres. ¿Verdad, John-son?

Este intervino rápidamente y algo nervioso.

—Fueron cuatro, ciertamente. Lo que ocurre es que el comandante no cuenta el día de viaje.

Barton contempló a su amigo como recordando algo y ya iba a hablar, cuando fue interrumpido por el agente oriental.

—¿Usted, capitán Johnson, también estaba allí?

—Sí—respondió éste—. Soy el ayudante personal del comandante Barton y debo ir donde él vaya.

—Fue el capitán, precisamente, quien me sugirió la playa de Cocoana—explicó Barton, dirigiéndose más especialmente a

Bonkoya.

Este contempló durante unos segundos a los dos hombres y como tomando una súbita decisión, preguntó:

—¿Verían ustedes, sin duda, unos pequeños submarinos rondando por aquellos Barajes, verdad?

—¿Unos pequeños submarinos?—preguntó, extrañado, Barton—. No, yo no vi nada. ¿Y tú, Johnson?

Este, que se había quedado lívido, respondió secamente:

—No. No sé nada de eso.

Bonkoya, comprendiendo el embarazo de aquellos dos hombres, cambió hábilmente de tema. Y a los pocos minutos Barton, Johnson y Mc Lane se despedían del grupo de agentes secretos que, guiados por el coronel Foster, siguieron inspeccionando los restos de la destruida aeronave.

Foster separó del grupo a Yan Fu San y le preguntó:

—Por lo que he oído, conocía usted al capitán Johnson, ¿no es eso?

—Ciertamente. El capitán fue objeto de nuestra atención cuando estuvo de agregado a la embajada de su país en Pekín. Su estancia allí coincidió con el atentado que costó la vida al profesor Polsokoi, nuestro más destacado inventor de aeronaves espaciales.

—¿Quiere usted insinuar que...?

—¡No...! No insinúo nada, mi querido amigo. No se pudo descubrir nada en contra de su compatriota.

Y haciendo una ligera reverencia, el oriental se alejó del coronel Foster. Este, aprovechando que se había quedado solo, se dirigió hacia donde estaba el delegado africano.

Bonkoya, adivinando la intención de Foster, se retrasó de sus acompañantes y fue al encuentro del coronel, diciéndole:

—Creo que desea hacerme una pregunta, ¿me equivoco?

—En absoluto—respondió Foster—. Estoy intrigado con la alusión suya hacia esos pequeños submarinos. Era una pregunta sonda, ¿verdad?

—Algo parecido, coronel. Mi pregunta ha obedecido a este mensaje que acabo de recibir.

Y al decir esto, Bonkoya puso en manos del coronel Foster un papel. Este, leyó:

«Servicios de vigilancia en costas de Cocoana (Lilianville) avistaron días 16 y 17 mini submarinos de nacionalidad desconocida. Se sospecha pudieran desembarcar personas o cosas. No hemos podido comprobar esto último. Seguimos investigando. FARAZID.»

—Me lo envía mi primer ayudante. ¿Qué le parece, Coronel?

—¿ Podrían investigar más a fondo sobre esto?

—Esperaba conocer primero su opinión. Voy a visofonear dando instrucciones para que todos nuestros elementos de observación de mar y aire se dediquen a localizar esos pequeños submarinos y averiguar de dónde proceden.

—¡Magnífico! Sólo le ruego que me tenga al corriente de sus noticias. Todo lo que haya ocurrido en esa zona, me interesa enormemente.

—Así lo haré, coronel Foster.

Los dos hombres uniéronse al grueso del grupo, que unos minutos más tarde abandonaron el hangar Norte B-6.

El coronel Foster había despedido al último grupo de delegados y se disponía a montar en su automóvil, cuando se apercibi5 de que allí, a su lado, se encontraba el soldado Mc Lane.

—Sí, señor. Deseo informarle de algo que he observado en el capitán Johnson.

Foster, que tenía una mano puesta en la portezuela del automóvil, invitó a su informante.

—Suba, Mc Lane y me hablará usted detenidamente de todo.

El soldado refirió al coronel lo que había descubierto hacía unos momentos en el capitán Johnson. Le explicó, asimismo, cuanto había observado en el comandante Barton y su entrevista con Petula Donovan. Respondiendo detalladamente a un minucioso interrogatorio al que nuevamente le sometió el jefe del Servicio de Inteligencia.

Una de las cosas que más llamaron la atención a Foster, fue el comportamiento de Barton con Petula Donovan. No podía precisar por qué, pero en la frialdad de esas relaciones intuía la clave de muchas otras cosas.

—«Al fin y al cabo—pensaba el coronel—, un hombre no deja plantada a la hija de su jefe sin dar una explicación.»

Y ahora más que nunca deseaba realizar la anunciada visita a casa de los Donovan. El relato de lo que Mc Lane había presenciado le hizo precipitar esta entrevista.

Indicó a su chófer que le acercase a casa del general, se apeó y dio orden de que llevaran a Mc Lane hasta su residencia.

La llegada de Foster fue acogida por los Donovan con su proverbial hospitalidad.

Tras servir unas bebidas y siempre tan discreta, Petula iniciaba la retirada, cuando fue advertida por el visitante.

—Le ruego que no nos deje, señorita Donovan. Lo que voy a comunicar a su padre creo que también le interesa a usted.

—¿A mí, coronel?

—Sí. En gran parte se refiere al comandante Barton.

—-¿Qué le ocurre a Roberto?—preguntó Petula, vivamente

interesada.

—Le ruego que se siente y escuche.

El coronel Foster sabía mantener la atención de un auditorio y, por otra parte, pocas veces encontró uno tan interesado por su relato como el formado por el general Donovan y su hija. Así, sin ninguna interrupción, pudo referir a ambos todo cuanto había averiguado hasta aquel momento, detallando lo ocurrido en el hangar Norte B16 y lo delatado por Mc Lane.

Tras escuchar atentamente, el general preguntó:

—Sinceramente, Foster, ¿cuál es su opinión de todo esto?

—Como ya le indiqué, señor, creo que nos encontramos ante unas fuerzas desconocidas, de un poder de destrucción insospechado. Yo aseguraría que son fuerzas ajenas a la Tierra que ejercen un extraño poder sobre algunos hombres terrestres.

—Pero, ¿cómo pueden ejercer ése poder?

—Esa es una respuesta que no puedo dar, pero que no tardaremos en averiguar. Tenga usted en cuenta, señor, que los cerebros más privilegiados y las más perfectas maquinarias de investigación de cada continente están puestas en pie de guerra para descubrir esta amenaza.

—¿Y qué relación tienen Barton y Johnson en todo esto, coronel?—se atrevió a preguntar Petula.

—Por lo que les he referido, tengo la impresión de que Johnson está metido en algo sospechoso. No hay nada que permita proceder contra él, pero creo que no es un hombre de fiar.

—¿Y Barton?—volvió a preguntar Petula.

—Puede que Johnson le haya metido en algún lío. ¿Le ha dicho Barton por qué no la felicitó el día de su cumpleaños?

—Confusamente me dijo algo sobre que ese día había sufrido un desmayo.

—¿Ustedes saben que Barton cree y asegura que estuvo ausente sólo tres días?

—¡Pero si fueron cuatro!—respondió Petula— Precisamente el cuarto era el de mi cumpleaños. ¡Oh! Entonces..., el desmayo...

—¡Eso mismo! Ese desmayo pudo durar un día entero y en ese día...

El coronel Foster no concluyó la frase porque entendió que era mejor exponer a Petula una idea que bullía en su mente.

—Señorita Donovan, usted puede averiguar lo que le ocurre al comandante Barton.

—¿Yo, coronel? ¿Y cómo quiere que lo haga, si no desea hablar conmigo?

—Atáquele de frente. Olvide su condición de mujer y deje de ser una persona pasiva. Actúe ofensivamente... Aunque sin formalizar,

entre ustedes había un compromiso, ¿no es cierto? Pídale cuentas de por qué no lo formaliza, aféele su comportamiento, averigüe lo que ocurrió en Cocoana, su amistad con Johnson...

—Pero, coronel, lo que usted pretende de mi hija es muy fuerte —protestó el general Donovan.

—Sí, lo sé. Es muy fuerte, pero más lo es el que Barton pueda perderse totalmente. Estoy seguro de que en él está el hilo de una madeja muy sutil, pero muy peligrosa. Y su hija puede ser quien encuentre el cabo de esa madeja.

—Cuente usted conmigo, coronel—exclamó la muchacha con decisión. Y reparando en la cara de asombro de su padre, aclaró—: Bueno, si tú no te opones.

Pero ya la partida estaba ganada para el coronel Foster, quien durante dos buenas horas estuvo aleccionando a Petula Donovan para actuar como una consumada agente secreto.

CAPÍTULO IX

Cuando a la mañana siguiente el coronel Foster llegó a su despacho estaba convencido de que aquel iba a ser un día agitado, pero ni remotamente podía imaginar que lo iba a ser tanto.

La cosa había comenzado hacía una hora, cuando casi fue arrancado de la cama para presentarse ante el general Donovan.

—Coronel Foster—le había dicho el general sin ningún preámbulo—. El Pentágono ha accedido a nuestra demanda y nos ha dado a conocer el objetivo a que están destinadas nuestras aeronaves y trabajos de la operación «Hot-Dog».

Y tomando un sobre cerrado y lacrado se lo entregó a Foster.

-—Aquí dentro—prosiguió el general—, está todo indicado. Ni yo mismo conozco su contenido. Tengo orden de entregárselo así y de advertirle que sólo puede ser abierto y comunicado en el caso de que todos los demás continentes hagan lo propio,

—Así se hará, señor—respondió Foster tomando el sobre.

Y ahora, el importante documento era depositado por el coronel en su caja fuerte a la espera de los próximos acontecimientos.

Estos no tardaron en precipitarse.

—Esta noche, señor, hemos detenido a uno de esos misteriosos saboteadores—le informó uno de sus ayudantes.

—¿Dónde ha sido eso?

—Estaba merodeando por el almacén Sur-17 de materiales sintéticos. Se le detuvo por sorpresa y llevaba encima seis láminas de T. N. T.

—¿Está seguro de que es uno de ellos?

—Completamente, señor. Por su ficha hemos averiguado que se trata de un soldado de infantería de marina llamado Lou Carradine y presenta, las ¿características de ausencia mental y extravío de ojos de los otros.

—¿Han logrado averiguar algo por medio de él?

—Nada en absoluto. Está en un estado de amnesia tan grande, que no recuerda ni su nombre.

—¿Supone usted que está dominado por una fuerza externa, una especie de telepatía de poder que le impide recordar?

—Eso es lo que yo diría. Y en esto coincide, también, el doctor Cancio, cuyo informe está en este expediente.

El coronel echó un vistazo a los papeles que le ofrecía su ayudante y se despidió de él.

—Me quedo todo esto. Sigan interrogando a ese soldado e

infórmenme de cualquier novedad.

A los pocos minutos de esta conversación, eran introducidos al despacho de Foster, Yan Fu San y Bonkoya. Tanto el oriental como el africano parecían presos de una gran agitación.

—Supongo, señores—comenzó diciendo el coronel Foster—, que su temprana presencia aquí es presagio de importantes noticias. Yo también las tengo para ustedes.

Tras este preámbulo informó a sus visitantes de las novedades acaecidas desde su última entrevista.

—Una cosa semejante quería comunicar a ustedes—indicó Yan Fu San—, con la diferencia de que, tanto en China, como en Rusia, han sido varios los detenidos. Unos lo han sido antes de perpetrar su propósito, pero otros, desgraciadamente, lo han sido después.

Nuestras pérdidas—agregó el oriental con tristeza—, han sido muy cuantiosas,

Foster y Yan Fu San permanecieron en silencio, esperando el informe del africano,

—Mis informes, queridos colegas, son un poco más alentadores —comenzó diciendo Bonkoya—. Han vuelto a hacer su aparición los mini submarinos y han desembarcado hombres y material...

—¿Cómo es eso?—exclamaron a una el americano y el oriental.

—...y han sido apresados inmediatamente por nuestros servicios de vigilancia—continuó el africano—. Precisamente en la playa de Cocoana, en Lilianville.

—Entonces, ¿han averiguado algo más que nosotros?—inquirió Yan Fu San.

—En cuanto a los hombres, nada. No quieren o no pueden hablar. El material capturado parece ser bueno, moderno y está siendo estudiado ahora detenidamente por nuestros peritos. Lo más interesante—añadió con cierto énfasis—, es que suponemos de dónde pueden salir los mini-submarinos.

—Eso es muy importante—comentó Foster.

—Lo es, pero sólo a medias, coronel.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no podemos llegar hasta donde sospechamos tienen la base submarina.

—Por favor, Bonkoya, explíquese mejor—suplicó Yan Fu San.

—Inmediatamente. Los mini submarinos han sido seguidos hasta una cierta profundidad en el Océano Atlántico, pero no han podido ser alcanzados en su huida, ya que el radio de inmersión de nuestros cazas, no alcanza tanto como ellos.

—¿Y el sonar?

—Tampoco. Se les ha seguido hasta un límite, pero luego se ha perdido su pista.

—Entonces, ¿qué opinan sus expertos, más conocedores de aquellas profundidades?

—Suponen que la base está situada en la sima submarina conocida por Atlántidus, una fabulosa depresión imposible de explorar con nuestros medios actuales y para lo cual se impone la construcción de nuevos submarinos. Pero sobre esto será menester esperar los informes definitivos.

El silencio que siguió a la importante declaración de Bonkoya, fue roto por el coronel Foster.

—Señores, opino que en pocas horas hemos tenido la suerte de avanzar mucho en nuestro camino…

Las palabras de Foster fueron cortadas por una llamada del dictáfono, indicando al coronel que tomara el teléfono.

Este escuchó durante unos minutos en silencio y al final contestó:

—No digan una sola palabra sobre esto. Sigan los trabajos como si no hubiese ocurrido nada. Más tarde les daré nuevas instrucciones.

El coronel no quiso comunicar a sus interlocutores lo que había escuchado hacía unos segundos. El comandante Barton había equivocado, deliberadamente, unos cálculos que retrasarían el trabajo en más de una semana.

Aquello supuso un fuerte golpe para el coronel Foster, quien confiaba, todavía, en la integridad de Barton. Para disimular su preocupación, comunicó a sus colegas:

—Mi gobierno me ha autorizado a darles a conocer el destino de nuestras aeronaves, ¿pueden ustedes hacer lo mismo?

—Yo estoy en condiciones de comunicarlo—dijo el oriental, sacando de su cartera un sobre cerrado y lacrado.

—Veo que hemos coincidido en el procedimiento—comentó, sonriente, Bonkoya, tendiendo sobre la mesa un sobre similar al lado del que Foster colocaba en aquel momento.

En silencio, un silencio expectante, rompió cada uno de los hombres los lacres de un sobre. Leyeron sus contenidos y fueron pasándolos uno al otro.

En los tres documentos aparecía el mismo destino: la constelación de Astero, en la Galaxia Superior.

Los tres hombres se miraron asombrados. Aquello era inaudito, asombroso. Todos aquellos atentados y sabotajes, ¿serían la avanzada de una ofensiva contra la Tierra por parte de Astero? ¿Y Barton, Johnson y los saboteadores de mirada extraviada, formarían parte de esta conjura?

Yan Fu San rompió el silencio.

—Creo, señores, que esto escapa a nuestra jurisdicción. Me temo

que estamos en un peligro interplanetario que es preciso atajar. Y es misión de nuestros gobiernos, de la Federación Mundial de Continentes Terrestres, incluso, el hacerlo. Creo que debemos comunicar enseguida con nuestros países.

Los tres hombres convinieron en ello y unos segundos más tarde, el coronel Foster se encontraba solo en su despacho.

Tomó el teléfono e intentó comunicar con Petula Donovan. Era preciso que Petula no fuera a entrevistarse con el comandante Barton como habían convenido. Nadie podía asegurar hasta qué punto se encontraba Barton comprometido en la conjura.

Pero la llamada del coronel Foster había llegado tarde. Petula Donovan había salido de casa hacía quince minutos y se dirigía al encuentro de Roberto Barton, con quien había convenido una cita por teléfono.

Foster llamó a su ayudante.

—Haga cursar estas órdenes inmediatamente a todas las unidades de vigilancia y puestos de control. Detengan al capitán Johnson por todos los medios. Traten de localizar al comandante Barton dondequiera que esté, pero vigílenle con cuidado. Está con él la hija del general Donovan.

Foster hizo una pausa y agregó:

—Redoblen la vigilancia en hangares, depósitos y personas que tengan relación con la operación «Hot-Dog». Y detengan a todo hombre o mujer que manifieste los signos externos de los saboteadores: mirada extraviada y movimientos de autómata. ¡Obren rápidos y precisos!

Y aquellas fueron las primeras órdenes de una serie que conmovería a todo el continente.

* * *

Petula Donovan se había levantado aquella mañana con el firme propósito de acabar con el equívoco que pesaba sobre Roberto Barton. Su interés era doble: por un lado quería rehabilitarle ante sus superiores, devolviendo la confianza en él; de otro, estaba decidida a recuperarlo por sí misma.

Así no es de extrañar que recurriese a la mejor arma de la mujer: su belleza. Y aquella mañana, cuando Petula Donovan salió de su casa, estaba lo que se dice arrebatadora.

Hacía unos minutos había llamado a Barton por teléfono. Este, que estaba en su despacho, al oír la proposición de la muchacha, aceptó la entrevista inmediatamente. Algo en su interior le impelía a ver a la joven. En su voz se adivinaba una inusitada complacencia que no dejó de alborozar a Petula.

Esta alegría tuvo su confirmación cuando se encontraron, momentos más tarde y sus manos se estrecharon con un cariñoso apretón que parecía querer ser eterno.

—¡Petula, querida!—exclamó Barton, acompañando sus palabras de una amplia sonrisa.

—¡Oh, Roberto! ¡No sé...! ¡Al fin! ¡Cuánto me has hecho sufrir!

Se miraron largamente, en un prolongado silencio que rompió Petula.

—Querido, estamos llamando la atención de todos. ¡Vámonos de aquí!

—¡Tienes razón! Podemos ir al Club de enfermeras. Allí podemos hablar tranquilamente.

—Sí, vamos. ¡Tienes que contarme tantas cosas...!

Los dos montaron en el automóvil de ella. Parecía que volvían a los buenos tiempos, y así lo comprendía alguien además de la feliz pareja.

Arriba, en el despacho de Barton, pegado a los cristales de una ventana, un rostro contemplaba a la pareja con un estremecimiento de terror.

El capitán Johnson había descubierto que su amigo Barton acababa de romper con el hechizo que le tenía encadenado a su siniestra organización.

—«Algo muy importante ha fallado—pensaba Johnson—, para que el amor vuelva a germinar en el corazón de Barton. Esto puede ser el fin de todos nosotros».

Y para salir de dudas, recurrió a un recurso que solo se podía utilizar en casos extremos.

Johnson hizo salir del despacho a las chicas de la WAC, se aseguró de que todas las puertas estaban bien cerradas y marcó un número en el teléfono.

—Llama Pentacuatro—comenzó diciendo con voz grave—. Se trata del neo-hombre Barton. Ha funcionado bien hasta hoy. En este momento acaba de fallar en el estímulo afectivo. Se ha reconciliado con su antigua novia...

—Ya sabemos eso, Pentacuatro—oyó que le decía la voz metálica de su interlocutor—. Estamos siguiendo a Barton por control remoto, desde ayer tarde.

—¿Cómo es eso? ¿Es que no pueden comunicar directamente con él?

—No. Se ha roto la corriente magnética y no responde a nuestras llamadas. Ha resultado lo que temíamos.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Johnson alarmado.

La voz comenzó a hablar al otro lado del cable, enterando a Johnson de todo lo ocurrido en la frustrada operación de Barton.

—El comandante ha escapado a nuestro control. Es un hombre que no nos pertenece—-concluyó el informador.

—¡Eso es horrible!—exclamó Johnson, aterrado—. ¿Qué podemos hacer?—Siguió escuchando y contestó—: Comprendido. Sí. Me ocuparé de él, inmediatamente.

Colgó el teléfono, fue hasta su mesa de despacho y hurgó en su cartera de mano. Sacó de ella la pequeña pistola de cañón rectangular y manipuló con sus resortes. Cuando acabó se metió la pistola en su bolsillo y salió del despacho.

Esta vez, la carga de la extraña pistola era totalmente mortal.

Barton y Petula se encontraban en el último piso del Club de Enfermeras. Estaban en uno de los saloncitos individuales, sentados uno frente al otro, al lado del gran ventanal por el que se veía la inmensidad de la Washington Avenue.

Barton había contado a Petula cuanto recordaba de la aventura vivida en la playa de Cocoana. Con la ayuda de la muchacha, había podido reconstruir, minuto a minuto, todas las horas vividas durante la excursión.

—Es indudable que permaneciste un día entero sin conocimiento, bajo los efectos de alguna droga.

—Sí, así debió ocurrir. Y ese día fue precisamente, el de tu cumpleaños.

Aquella fecha era la que había jugado una importante baza en el esclarecimiento de los hechos.

—Debemos ir enseguida a comunicar todo esto a mi padre, o al coronel Foster—dijo la muchacha, levantándose.

—Sí, no hay que perder tiempo. Es preciso que sepan cuanto antes lo ocurrido—confirmó el comandante, avanzando hacia la puerta del saloncito.

Pero no pudieron dar un solo paso más.

—¡Quietos! ¡No intentéis avanzar!

En el umbral estaba el capitán Johnson amenazando a la pareja con su pistola. En su demudado rostro se adivinaba la gran crisis que estallaba en su cerebro.

—¡No podrás salvarte, Barton!—siguió diciendo—. Has creído que podrías burlarnos, pero no te saldrás con la tuya. ¡Vas a morir! Y contigo, ella, por haber hecho fracasar todo nuestro trabajo.

—No seas loco, Johnson—le habló Barton—. No sé hasta qué punto estás metido en este asunto, pero todo puede tener una explicación. Entrégate, confiesa la verdad y ayúdanos a descubrir a los otros culpables. Tarde o temprano caeréis bajo el peso de la ley.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué ley hablas? ¡Somos invencibles! ¡Nunca podrán saber nada por uno de nosotros, ni nunca descubrirán todo el poder de nuestra organización! ¡Os mataré y

desapareceré inmediatamente!

—¡No podrás escapar, Johnson!—le gritó Barton, al tiempo que se lanzaba sobre aquel traidor.

El movimiento pilló desprevenido a Johnson quien trastabilló por el golpe recibido. Pero pudo reponerse y golpear con su pistola la cabeza de Barton, que ya le había agarrado por la cintura.

El comandante aflojó la presión de sus brazos y resbaló hasta el suelo, seguido por un estridente grito de Petula. Johnson aprovechó aquel momento y apuntó la pistola sobre la cabeza de Barton.

Iba a disparar, cuando un ruido a su espalda le hizo volver la cabeza.

—¡Quieto, Johnson! ¡No se mueva, o disparo!

En la puerta se encontraban dos hombres del Servicio Secreto que habían seguido a Johnson hasta allí. En sus manos amenazaban dos pistolas ametralladoras.

Johnson desvió el arma que apuntaba a Barton y la dirigió hacia los dos policías. Disparó y una luz azulada se derramó sobre el rostro de uno de ellos, que cayó fulminado.

Al mismo tiempo retumbó un disparo y un balazo se alojó en el hombro de Johnson. El agente secreto iba a seguir disparando, pero reparó en Petula que quedaba detrás del espía y le gritó:

—¡Al suelo, señorita Donovan! ¡Es preciso acabar con este hombre!

—¡No dispare, agente! ¡Hay que cogerlo vivo!

La voz del coronel Foster retumbó en el saloncillo y su figura se recortó en la puerta, acompañado por otros cuatro hombres, que avanzaban decididos, sobre Johnson.

Este disparó nuevamente y su mortífero rayo fulminó a otro de los hombres de Foster. Volvió a disparar, pero erró la puntería y la azulada llama chocó contra la pared. El cerco contra él se iba estrechando.

—¡Entregúese, Johnson!

—¡Nunca!—gritó éste y tomando impulso se arrojó contra el amplio ventanal que quedaba tras él.

Petula Donovan lanzó un grito desgarrador.

Y como si fuera un muñeco, el cuerpo de Johnson cayó desde la altura del piso noveno del Club de Enfermeras, estrellándose sobre el asfalto de la Washington Avenue.

Petula se arrojó al suelo al lado de Barton, quien ya se recobraba del aturdimiento, por el golpe recibido y se incorporaba, ayudado por Foster y la muchacha. Esta, en pocas palabras, puso al coronel al corriente de cuanto le había dicho Barton.

El coronel indicó a sus hombres lo que tenían que hacer y dirigiéndose a Barton, le dijo:

—¿Se encuentra en condiciones de andar, comandante ?

—Sí, señor, ya ha pasado todo. Estoy a su disposición.

—Pues entonces, vámonos de aquí. Iremos a mi despacho, donde quiero que haga una declaración de todo lo que le ha sucedido. Inmediatamente se presentará al general Donovan, que ya le está esperando. Creo que les aguarda un trabajo muy duro desde mañana.

Acompañados por el ulular de las sirenas policiales, Petula y los dos militares abandonaron el edificio. Una ambulancia arrancaba en aquel momento, llevándose los restos del traidor Johnson. Al cabo de media hora, Roberto Barton, un Roberto Barton completamente nuevo, acompañado de Petula Donovan, abandonaba el Edificio Azul, sede del Servicio de Inteligencia.

Barton volvía a ser el hombre de más confianza de la Base «A» de Operaciones Espaciales y Petula, colgada de su brazo, la mujer más feliz del planeta terrestre.

Y mientras tanto, sobre la mesa del coronel Foster, iban acumulándose informe tras informe. Y los teléfonos y fonovisores no cesaban de comunicar una noticia, detrás de otra.

Todas indicaban lo mismo: La ofensiva contra los neo-hombres del planeta Astero había comenzado en toda la Tierra.

* * *

El Presidente de la Federación de Continentes Terrestres, se levantó en medio de una extraordinaria expectación.

El amplio salón de sesiones aparecía abarrotado. Los delegados de todos los países ocupaban sus escaños y tenían la vista fija en los mini televisores de sus pupitres. Por medio de los diminutos auriculares escuchaban, escuchaban la traducción simultánea de su discurso.

Las tribunas de invitados estaban repletas, así como la galería destinada a los corresponsales de prensa. Una batería de micrófonos se alineaba frente a la tribuna del orador y las cámaras televisoras enfocaban a éste, cuando con un trémolo emocionado en la voz, anunció al mundo:

—Hoy es un día grande para nosotros. La coalición de las fuerzas terrestres ha acabado con los últimos reductos que los agentes al servicio de Astero habían instalado en la Tierra y bajo las aguas del mar. Hoy, hace unas horas tan sólo, ha sido aniquilada la última resistencia del enemigo.

»Los hombres que traicionaron a sus semejantes atentando contra la Tierra, han sido vencidos. Unos han muerto en el combate y otros se han quitado voluntariamente una Vida de odio y traición.

Los supervivientes, convertidos en autómatas, han quedado en nuestras prisiones, desligados de las fuerzas que los dominaban, pero sin que sepamos, tampoco, volverlos a la normalidad de nuestra vida.

»Hemos logrado nuestra primera victoria. Ahora nos toca afrontar la etapa más difícil.»

El orador hizo una pausa en su discurso y comprobó con qué atención le seguía todo el auditorio.

—Nuestro objetivo—siguió diciendo—es llegar hasta la constelación de Astero. Hemos de proseguir la construcción de ingenios aeroespaciales que nos permitan cuanto antes alcanzar aquellos planetas, Y hemos de hacerlo rápida y certeramente, porque con ello puede que vaya nuestra propia seguridad.

»Sé que esto supone un inmenso riesgo, porque no sabemos qué suerte correrán los primeros hombres que allí desembarquen. Pero es necesario llegar y conocer de cerca a esos fantásticos habitantes de Astero, los cuales, desde aquella lejanía han sido capaces de organizar una fuerza de espionaje y destrucción como la que hemos padecido hasta hoy…

El orador se detuvo de nuevo, tomó aliento y concluyó su breve discurso con estas palabras: —…y es preciso hacerlo pronto, muy pronto. Antes de que esos mismos seres diabólicos, esos misteriosos habitantes de Astero, tomándonos la delantera, puedan llegar hasta nosotros.

Un escalofrío de temor conmovió a cuantos escuchaban aquellas palabras. Unas palabras que, quizá, resultaran una profecía.

F I N

Conozca el final de esta apasionante aventura. Lea en el número 209 de esta Colección, la segunda y última parte de esta novela, titulada:

«LOS INVASORES DE ASTERO»

Miles de valientes y esforzados terrestres están colonizando el planeta Venus, pero una amenaza terrible y misteriosa se cierne sobre ellos.

¿Qué terrible poder detiene a las astronaves en pleno espacio?

¿Qué extraños seres controlan este poder invisible?

¿De qué remotos mundos proceden y por qué han invadido a Venus en un claro desafío a la Tierra?

Estas incógnitas y muchas más, podrán aclararlas leyendo

COMANDOS EN EL ESPACIO

la novela que por su acción, misterio, suspense y trepidante acción le dejará exhausto de emociones.

EDWARD WHEEL

Les situará fuera del tiempo y del espacio si lee el próximo número de la SUPER Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA *Precio:* **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú. 924. Bs. As.